

Marzo 1963

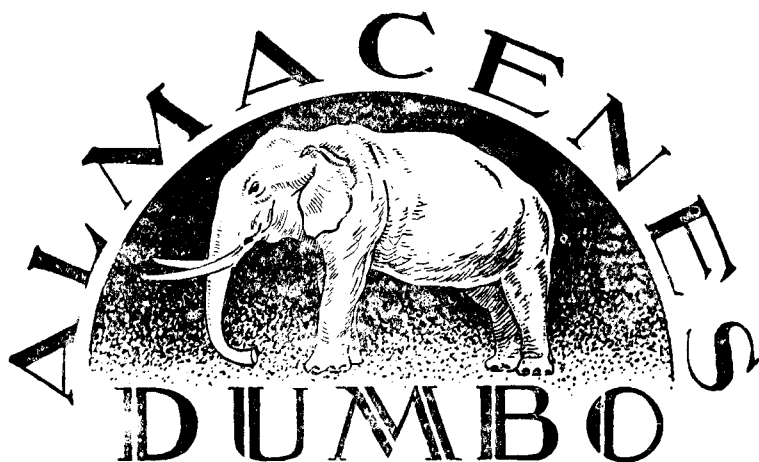
Santa Isabel

la guinea española



Año LX

Núm. 1566



de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Ultimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os.} 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES GENERALES

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Líneas

SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras
RADIADORES — BATERIAS GARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

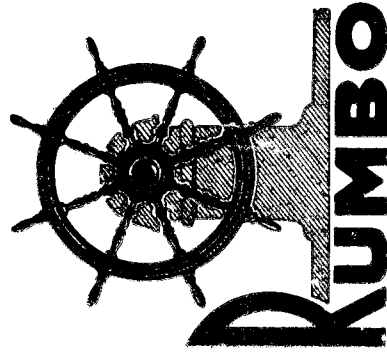
Los tabacos



ATLANTIS

Son..

¡¡ Magníficos!!



la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJO DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

Año LX Núm. 1566

Santa Isabel, Marzo de 1963

Depósito Legal—F. P., 2—1959.

Sumario

	Pags
Editorial: Montañismo en marcha.....	66
Final triunfante de los esfuerzos por la conquista de la Gran Caldera de San Carlos. <i>Por Luis J. Marhuenda</i>	67

ESTUDIOS

Breve relación de una Expedición científica alemana. <i>Por el Doctor Martin Eisentraut</i>	81
Aves de Fernando Poo. <i>Por Aurelio Basilio C. M. F.</i>	83
Historia del Sudeste de la Isla: Pueblos desaparecidos. <i>Por T. Martinez C. M. F.</i>	85

SECCION LITERARIA.

Elogio del cocotero. <i>Por José M^a. Vitá</i>	89
--	----

INFORMACION Y ACTUALIDADES

Inauguración de Colegio de San Carlos.....	90
Primer académico correspondiente a la Región Ecuatorial.....	91
Vida en los poblados: Barlobé <i>Por Manuel Pérez, C. M. F.</i>	92
Por tierras de Africa.....	95

P O R T A D A

Un joven de Fernando Poo perteneciente
a la Organización Juvenil Española

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria 75 pesetas.
De bienhechores 100 pesetas.

EDITORIAL

MONTAÑISMO EN MARCHA

Han sido bastantes numerosas las excursiones que en poco tiempo se han realizado a las montañas por la joven Federación de Montañismo de Fernando Poo. Se ha logrado llegar al fondo de la Gran Caldera de San Carlos, se ha intentado escalar puntos inaccesibles para descubrir nuevos espectáculos geológicos, se ha entrado en profundas cavernas para dar testimonio de que a nuestra Isla no le falta la fascinante belleza del subsuelo, se ha escalado la alta cima del Pico de Santa Isabel sorteando impresionantes barrancos y bordeando calderas volcánicas en cuyo fondo pastan tranquilamente las cabras salvajes.

Todas estas aventuras tienen la finalidad de contribuir al descubrimiento artístico de la Isla de Fernando Poo. Su origen volcánico, junto con su estado tropical hacen de ella un paraíso que a penas se ha dado a conocer. Un ideal de la Federación de Montañismo es éste: contribuir al conocimiento de este paraíso que es la Isla de Fernando Poo. Este es un fin muy noble pero nos interesa destacar otras realidades que surgen de las excursiones. La primera es el compañerismo lleno de espíritu de colaboración y de cordialidad. Se puede decir que a lo que más se parece un grupo excursionista es a una verdadera familia en la que todos los bienes particulares se hacen bienes comunes y donde todo se reparte con la más simpática largueza. Este espíritu, los esfuerzos de la voluntad que lucha contra el cansancio ante las dificultades del terreno, el espíritu de sana aventura y los sentimientos religiosos que suscitan estas excursiones constituyen un conjunto muy a propósito para la juventud. Este es otro ideal de la Federación de Montañismo de Fernando Poo.

Otra de las realidades brotadas del excursionismo de esta Federación—la hemos señalado ya—son los sentimientos religiosos suscitados, fomentados y comentados en las excursiones. La Federación pide siempre un capillán y los momentos más sublimes para la mayoría de los excursionistas son los de la santa misa celebrada en unas circunstancias nunca o muy pocas veces experimentadas. Así lo han declarado públicamente repetidas veces. Esa familiaridad, esos solemnes momentos de religiosidad en el centro de la naturaleza pura de las montañas lanza violentamente hacia más alto todo el ser espiritual del montañero. Por todo lo cual insistimos y volámps con todo nuestro entusiasmo cristiano para que se difunda entre nuestra juventud el espíritu de montañismo,

Final triunfante de una excursión a la gran Caldera de San Carlos

R. P. Director de La Guinea Española

Por tercera vez me pide usted que relate la aventura ocurrida en nuestro viaje a la Gran Caldera de San Carlos. En las otras dos ocasiones, sabe usted que tuve un gran honor en colaborar con esa revista y le envié una relación más o menos cotidiana, de lo acaecido durante los días que duraron ambas expediciones. Ahora, siento además, una gran satisfacción, porque por fin hemos conseguido el objetivo propuesto. Aquella incógnita, que velaba el optimismo del regreso en las otras dos expediciones, ha quedado resuelta. Pero, ¿no le parece a usted que, al conseguir entrar en la Gran Caldera de San Carlos, ésta ha perdido ese halo poético de misterio que tanto atraía? Un mito desvelado, una leyenda truncada pierden, inexorablemente, ese humo de misterio que tan atractivo lo hacen. Creo que no es mala idea, adjuntarle a mi carta unos párrafos poéticos escritos por nuestro común amigo, Francisco Díaz, muy adecuados al caso.

Pero, en fin, usted quiere que le explique cómo fué la aventura de los once días de la expedición que logró llegar por vez primera a la Gran Caldera de San Carlos. La verdad es que la aventura no fueron once días, sino once meses consecutivos, durante los que fué naciendo la idea primero, el encuentro después y la minuciosa preparación más tarde, para que no fallase ningún punto en esta expedición en la que todos teníamos puesto nuestro entusiasmo.

Usted sabe, porque lo ha vivido y porque se lo hemos venido explicando la cuidadosa preparación con que se vino

elaborando esta empresa. Reuniones, consultas, estudios, peticiones y entrenamientos se fueron sucediendo en varios meses de trabajo y de miras puestas en la empresa. Pero si ahora lo relacionase parecería que damos una importancia desmesurada a lo que en realidad fué un trabajo entusiasta, realizado con la más viva de las ilusiones, y por lo tanto de agradable ejecución.

El hecho de haber tenido algún tiempo para meditar la presente, me da ocasión para enfocarla respondiendo a muchas preguntas que se nos han hecho y a las cuales, tal vez habría pasado por alto, por no imaginar que fuesen de interés público. Por ejemplo, me preguntan cómo se escogió el personal que había de integrar la expedición. Porqué iba Fulano y no Zutano, porqué no se buscó entre la gente más joven prefiriendo a los mayores de 25 años, etc.

Tenemos un grupo admirable en Montañismo al que llamamos "grupo de choque". Está integrado por jóvenes que no sobrepasan los 20 años de edad y los cuales tienen el vigor y fortaleza física propios de sus años. Es indudable que en una marcha contra reloj, estos jóvenes nos dejarían atrás sin gran esfuerzos. De ahí se sugiere la pregunta: ¿Porqué no se escogieron a estos jóvenes para realizar una empresa de tal magnitud? La respuesta es ésta: Porque siendo una empresa de magnitud, no era una empresa de esfuerzo. Entendámonos. No se pretendía salir corriendo hasta un punto determi-

nado, sino buscar la forma de encontrar ese punto, venciendo las dificultades que se opusiesen al paso. Es decir hacía falta cabeza para no correr riesgos innecesarios, resistencia al sufrimiento si surgía alguna eventualidad y una dureza de cuerpo que solamente la dan los años, si estos no son demasiados. Y sobre todo, plena conciencia y responsabilidad en nuestros actos. Era necesario que todos fuesen mayores de edad y no se cargase al jefe de expedición la responsabilidad que queda en exclusiva de los padres de los muchachos.

Usted sabe, reverendo padre, que cuando se ha pasado una noche a la intemperie, nos ha caído encima un chaparrón, se nos ha mojado la ropa y los comestibles, se tiene fiebre y sed y los músculos se niegan a responder resulta muy difícil encogerse de hombros y seguir adelante, teniendo tan cerca la tentación de regresar al cobijo de una buena cama y una suculenta comida. Hombres que no cediesen nunca a esa tentación era lo que había que buscar. (Y conste que creo que nuestro grupo de choque sería perfectamente capaz de superar tales crisis).

Afortunadamente, conocía a las personas que reunían las cualidades exigidas físicamente, además de una cierta independencia económica con la que pudiesen subvenir los inesperados gastos que surgiesen fuera del presupuesto que, como es de suponer, resultaron ser muchos. Herminio García había dirigido dos expediciones anteriores y aparte de su indudable valor como montañero experimentado, tenía todos los merecimientos para ser el primer elegido en la lista de la expedición. A última hora no pudo acompañarnos pero era no obstante, el primer elegido del gru-

po. El Padre Viñas también había intervenido en otra expedición y conocíamos su entereza y valor en estas lides. Fué otro miembro, con todos los honores. Además de que un Sacerdote, por su elevada Misión, es imprescindible en estas expediciones.

Pedro Gavilán fué el mayor de todos. Algunos dudaban de si su resistencia física estaría de acuerdo con la empresa. Pero quienes lo conocíamos nos reíamos de eso. Y así lo demostró, haciendo la labor de todos y además, el incalculable esfuerzo de preparar las comidas en los campamentos, cosas que solamente quienes han vivido saben apreciar en su justo mérito. De Francisco Díaz todos decían que estaba muy delgado para resistir la dureza de la empresa. Pero Paco resiste todas las pruebas que se le pongan, haciendo después de propina, alguna que otra escalada, para tomar una foto desde "aquél punto de allí arriba", al que solamente un buen alpinista se atrevería a encaramarse.

Estos eran los hombres a quienes se les oponían pegos para realizar la expedición. Probablemente algunos de estos "peguistas" de buena fe, no podrían comprobar la resistencia de aquellos, en una marcha porque pronto habrían quedado rezagados. Aparte de ellos, estaba Bruno Ettingue, Fernando Fernández, Benigno Palomar y los cinco urekanos que habían de acompañarnos. Yo no albergaba ninguna duda sobre la seguridad de mi equipo y estaba contento y orgulloso de él. Después demostraron que me había quedado corto en mis apreciaciones, pues a su valor físico, agregaron ese otro valor moral, de compañerismo y afecto que ha sido la verdadera esencia del feliz término de la expedición.

Pero... perdóname, Reverendo Padre.

Usted quería que yo le contase en el tono amistoso de una epístola, como se ha desarrollado la aventura de la Caldera. Y usted se preguntará porqué he perdido mucho tiempo en hablar de mis compañeros. Pues la verdad, creo que era necesario. Porque sin ellos, sin su esfuerzo, sin su entusiasmo y su continuo optimismo, no creo que hubiésemos obtenido el éxito. Es de vital importancia la compenetración y armonía entre los miembros de una expedición para que esta transcurra felizmente. De ahí que haya hecho hincapié en la importancia de los hombres que la componían.

Importante fué también la cooperación de la Diputación, cuya lancha nos llevó hasta las playas de Punta Sagre ahorrándonos dos duras jornadas de camino, hasta Ureka y hasta la desembocadura del Tudela. Las tiendas de campaña que nos prestó, así como las que ya siempre nos había venido prestando la Delegación de Juventudes, fueron también una ayuda que debe mencionarse en esta relación de acontecimientos.

El mes de Enero fué de continuo ajetreo con los preparativos. Se discutió mucho la cuestión de alimentos, pues habíamos decidido llevar los suficientes para que pudiesen subsistir 15 personas durante quince días. Como quiera que la mayoría de expedicionarios no hubieran podido pasar los 15 días completos en el bosque, por reclamarles sus obligaciones en la ciudad, eso reduciría el consumo, ampliando el margen de estancia a un número inferior de personas. Porque habíamos decidido que, en el caso de que a los 15 días no se hubiese hallado un acceso, Palomar y yo seguiríamos allí hasta quince días más y sólo al cumplir el mes de ex-

ploraciones diarias, sin hallar camino, nos daríamos por vencidos. Como verá usted, no todo era optimismo antes de iniciar la empresa.

Pues bien, así quedó lista la expedición, con equipo preparado entre todos, en el cual podemos asegurar que no faltó nada de importancia aunque tal vez sobró alguna que otra cosa. Pero ya se sabe que en estos más vale un pequeño exceso que una mínima escasez.

El día 22 de Enero de 1963 llegábamos a las playas de Punta Sagre en la lancha de la Diputación. El cayuco tortuguero de Raimundo Ebiole nos desembarcó sin dificultades y aquél mismo día hicimos noche en la desembocadura del Tudela. La belleza paradisiaca de aquel lugar, la excitación de la aventura a punto de ser emprendida y otras agradables circunstancias, hicieron que nos sintiésemos tan optimistas que, al llegar la noche se prescindió de montar la tienda grande y las pequeñas, colocando solamente la mediana, porque no creímos necesario tomarnos más molestias. Lucía una espléndida luna y durante el día un sol brillante nos había iluminado calentado nuestras pieles. ¿Quién pensaba en dormir dentro de una tienda, renunciando a la frescura de la playa en una noche calurosa, de plena temporada de seca? De esta forma, a media noche, estábamos todos calados hasta los huesos y nos apresurábamos a cobijarnos en la tienda para preservarnos de la lluvia y las presurosas carreras para guarecer las cargas en la tienda, todos quedamos desvelados y así tuvimos ocasión de pasar una bonita noche en blanco, pese a la negrura del tiempo. Aquél fué el primer día de lluvias y desde entonces, todos los días que duró la expedición, excepto

uno, tuvimos nuestra ración correspondiente de mojadura. Y es que me parece que para la expedición a la Caldera hemos venido a elegir el año más lluvioso de cuantos recuerdo en Fernando Póo. Pero, en fin, no era cuestión de aplazarlo durante todo un año y así, al día siguiente, se emprendió la marcha por el Tudela.

El plan previsto era subir por el Tudela hasta el Campamento del Venado, que sería desde entonces nuestra base de operaciones. Desde allí llegaríamos a la confluencia de los dos ríos que forman el Tudela —caminando siempre por el interior del mismo— y buscaríamos la manera de escalar la lengua de bosque que se forma entre ambos. Si usted recuerda el Diario de la Expedición que publicó esa revista en el mes de Mayo del pasado, en la página 148, hablaba precisamente de esa teoría, de atacar la Caldera por entre los dos ríos que la bordean. En aquella ocasión creímos que habría tres ríos, pero la verdad es que los mapas que realizó la Comisión geográfica, no tenían error. Y son dos ríos los que bordean la Caldera, aunque estos estén formados a su vez por otros varios, pero todas estas confluencias están dentro de la Caldera, a varios kilómetros de donde se forman el Tudela, por la confluencia de los dos más importantes.

Teníamos previsto seguir el plan inflexiblemente. Intentar durante dos o tres días la escalada por el vértice de los ríos y, de no hallarlo, comenzar la exploración en dos equipos, desde las alturas de los lados. De ahí que situásemos el campamento base bastante atrás, porque más adelante el río se acoraza de enormes murallas inaccesibles y, en la eventualidad de que el intento por el vértice fallase, habría que superar, esas murallas desde los puntos asequibles,

situados más atrás, alrededor del campamento base.

La noche en el campamento fué agradable. Aunque había llovido durante el día, el Cielo se sintió magnánimo y nos dejó dormir en el blando suelo, salpicado de piedras y raíces pantiaguadas, durante toda la noche, aunque nadie salió de la tienda para comprobar si llovía.

¿Ha caminado usted alguna vez sobre el lecho de un río durante horas y horas?. Normalmente cuando se cruza un río se van haciendo equilibrios, para no deslizarse por las resbaladizas piedras. Si esos equilibrios se realizan durante unos minutos, resulta un ejercicio interesante, de pequeña emoción. Pero si duran varias horas la emoción se convierte en obsesión. Una y otra vez se tiene que cruzar el río con agua a la cintura, para salir a caminar sobre unas piedras lisas, que al contacto del agua de las botas, se tornan en resbaladizas y peligrosas. Cuando las botas han dejado de rezumar agua, se tiene que volver a cruzar el río y empezar de nuevo. Y cuando se tiene la suerte de hallar un trecho un poco largo sin necesidad de meterse en el agua, viene una nube graciosa y nos deja caer sus gotas de lluvia, que impregnan las piedras de nuevo, para que no falte nunca el riesgo de una caída, que dicen que es lo bueno y emocionante. No obstante, subir por el Tudela no deja de ser un paseo agradable, si hace un buen sol y si antes, como habíamos hecho nosotros, hemos escuchado la Santa Misa, purificando nuestros espíritus en previsión de cualquier malhadada eventualidad.

El día 24 de Enero tuvimos una magnífica ración de río para todos, que se vió compensada con la alegría inmensa de haber encontrado la forma de esca-

lar la lengua de la Caldera. Me explicaré. Después de escuchar la Misa celebrada por el Padre Viñas, sobre el improvisado altar compuesto por varios palos, emprendimos la marcha hacia el vértice de los dos ríos. No nos desalentamos cuando vimos la muralla que se presentaba ante nosotros, porque ésta se hallaba llena de matorrales que ofrecían un asidero posible. Sin detenernos, superamos las cascadas centrales y agarrados a la roca pasamos sobre las otras que formaba el río de nuestra izquierda. Lo cruzamos y nos encontramos ante la muralla que nos proponíamos vencer. Recuerdo que hallé un lugar que me pareció asequible y subí por él, quedando entre un grupo de espesos matorrales.

—Por aquí... por aquí— exclamé, en el mismo momento que mi espalda se llenaba de esos encantadores bichitos que son ejemplo y admiración de las entidades ahorrativas: Se me había llenado el cuerpo de hormigas que picaban a su manera. (Y todos conocemos la manera tan desagradable que tienen de picar las hormigas de estas tierras). Mis alaridos sugirieron a mis compañeros la conveniencia de intentar la subida por otro lugar. Mientras unos lo buscaban, otros se arriesgaron a seguir mis pasos, con lo que las hormigas repartieron su yantar haciendo más llevadera la molestia de sus picotazos.

A los pocos momentos nos habíamos desembarazado de las hormigas y estábamos todos en firme, al pie de la muralla que, de escalarla, nos llevaría a la Gran Caldera de San Carlos.

Algunos machetazos abrieron perspectiva de camino. Otros suprimieron los escasos puntos de apoyo que nos ofrecían ramas y raíces. Pero se fué intuyendo una ruta ascendente que, tras diversas dificultades, nos llevó a una cres-

ta estrechísima, bordeada por inmensos abismos a ambos lados. Había lugares en que la cresta tenía hasta medio metro de ancho. Otros en los que apenas cabía el pié. De vez en cuando un ruido sordo se deslizaba, alejándose, a derecha o izquierda. Nos volvíamos a mirar y yo contaba a todos los expedicionarios. Si estábamos completos, sabía que se trataba de una piedra que había caído rodando al abismo y, pasado un rato, oíamos el "cloc" final, al estrellarse contra el río.

Fué un verdadero alivio cuando vimos abrirse la cresta para dar paso a una planicie llena de bosque que se extendía a nuestros ojos. ¡Aquello era la lengua de la Caldera! Por los mapas y las fotografías que yo había visto desde allí se ponía a caminar sin reparos hasta el centro mismo del inexplorado Valle. A mi juicio estábamos, prácticamente, dentro ya de la Caldera, pues como tal he considerado siempre la lengua de tierra que sale hasta el Tudeia. Claro que no habríamos quedado satisfechos de haber tenido que regresar desde aquél punto. Pero nadie pensaba en eso. Al contrario. Nuestra intención era pasar varios días explorando el Valle y plantar la bandera española en su mismo centro.

Todavía caminamos cerca de una hora, al lento paso que impone el abrir trocha, antes de que nos detuviésemos para elevar al Cielo una oración dando gracias por haber llegado e hiciésemos un breve acto protocolario, en el que dábamos fe de haber llegado hasta aquel lugar, proponiéndonos proseguir al día siguiente, cuando transportásemos las cargas necesarias.

El hecho de que aquellos parajes no hayan sido jamás pisados por la planta humana, trae como lógica consecuencia

la profusión de caza que prolifera por doquier. Al principio, cuando veíamos monos, nos deteníamos un momento para contemplar sus jolgoriosos saltos y simpáticas cabriolas que, como artistas circenses, realizaban quizás en nuestro honor. La mayoría se nos quedaban mirando con un poco de sorpresa. Tal vez porque entonces todavía estaban relativamente recientes nuestros últimos afeitos. Pero conforme íbamos entrando el espectáculo de los monos era cada vez más frecuente, hasta el punto de no ofrecer el más mínimo interés para nuestra curiosidad. Y como no se les hacía caso, insistieron en sus cabriolas, llegándonos incluso a seguir el comentario de si se estaban burlando de nosotros. Uno de ellos tanto portió en sus burlas, que el cazador, Tomás Siabú, para que no sufriese detrimento nuestra condición humana se vió obligado a dispararle, con lo que el improvisado funambulista quedó muerto, colgado de un brazo sobre un árbol. Ahí fué cuando nos dimos cuenta de la inutilidad de las armas, porque cuando Tomás se decidió a recuperar la pieza, lanzó una piedra sobre el bicho y ésta fué a estrellarse justo en su cabeza. No cayó, a pesar de ello y una segunda piedra volvió a dar en la cabeza del mono. Tan sorprendente puntería confirma la idea de la innecesario de las armas para un úrekano.

Si algún momento fué realmente peligroso, en los 11 días que duró la expedición, creo que todos estamos de acuerdo en que se trató del regreso en el día aquél. A poco de ocurrido el incidente del mono, se emprendió el regreso, dejando atrás algunos de los enseres que habíamos llevado a la ida. Precisamente cuando se llegó al sitio difícil, la cresta, con su secuela del des-

censo de la muralla, empezaron a oírse en la lejanía unos truenos que retumbaban impetuosamente en las enormes paredes que acorazan la Caldera. Gruesos goterones fueron el prólogo de una tormenta que empezó a descargar con todo su impresionante aparato eléctrico. Las nubes oscurecieron el cielo y éste se iluminaba a intervalos por el resplandor de un rayo. Creo que fué el Padre Vifias quien tuvo la humorada de recordarnos la conveniencia de no ponerse debajo de un árbol cuando hay tormenta. La broma tuvo gracia, pero creo que nadie se atrevió a reírla hasta que no fué comentada en Santa Isabel. Y él mismo reconoce que no lo dijo como broma, sino recordando irónicamente la inutilidad del consejo escolar en éstas tierras tropicales.

La cresta se pasó con relativa facilidad, puesto que el suelo aún no había tenido tiempo de enfangarse. El descenso del murallón se hizo mas bien sentido que de piè, por lo que determinados puntos de los pantalones quedaron notablemente mermados en su consistencia. Pero lo grave fué cuando llegamos al río. Su caudal había subido algo, pero estaba en trance de seguir subiendo. Como el Tudela viaja encajonado por escarpes de cien a doscientos metros de altura, no había refugio seguro en sus márgenes. Así que la solución estaba en llegar cuanto antes al campamento, por lo que se aceleró la marcha todo lo que permitía el impulso de la corriente, que nos arrastraba a su antojo y no precisamente por el mejor camino.

De aquél trago puedo hablar solamente refiriéndome a lo que vi y a lo que me ocurrió a mí. Me había rezagado un poco para ayudar a Gavilán, quien a causa de la lluvia se le habían empañado las gafas, impidiéndole una clara

visión, imprescindible precisamente en aquellas circunstancias en que el agua turbulenta oculta las piedras sobre las que se deben apoyar los pies. Por las penalidades que yo pasé intuyo las de Gavilán, aumentadas por su dificultad de visión. La marcha se hizo lentísima mientras el agua subía amenazadoramente. Aquel peligro no nos impidió contemplar un espectáculo como el que vimos, único e incomparable. De los enormes y altísimos escarpes junto a los que caminábamos, caían continuas cortinas de agua, en inagotables cascadas, estrellándose contra el río. Seguramente, la lluvia había formado allá arriba centenares de riachuelos que desembocaban en el Tudela formando las tremendas cascadas. Cada vez que nos veíamos obligados a caminar por debajo de uno de ellas, su fuerza nos acribillaba el cuerpo.

Gavilán, con su acento andaluz, comentaba.

—Cada vez que paso una cascada de estas, "resibo" una palisa" que me deja bardao".

Sí. Como verdaderos latizagos, caían las cascadas sobre el cuerpo entumecido de frío y mojado hasta los huesos. Este era el tributo que pagábamos por contemplar aquel fabuloso espectáculo que solamente en una ocasión como ésta puede presenciarse.

Al rato de caminar (bueno, caminar a ratos y nadar con frecuencia) nos encontramos a Palomar, que esperaba, preocupado por nuestro retraso. Mas adelante, Fernández y Díaz, se habían detenido también a la expectativa de que apareciésemos.

Seguimos juntos la marcha. Por dos veces estuvimos apunto de perder de vista a Palomar, a quien las aguas arrastraron en un par de pasos difíciles, sin

más solución que aferrarse a nuestras manos que, afortunadamente estaban cerca.

Aquí me va a permitir usted, padre, que narre una pequeña anécdota, pintoresca y simpática, pues sé que a su autor, Paco Díaz, no le sabrá mal que la recordemos. Una de las pocas veces que pudimos levantar los ojos del suelo para contemplar a nuestros compañeros, vimos aquel corriendo y adelantándose para alcanzar a Leoncio, el joven urekano que llevaba la mochila.

¿A dónde vas? preguntó Fernández.

A por el impermeable, respondió Paco.

No era el momento más adecuado para gastar bromas, naturalmente. Y pensamos que aquella salida jocosa era estemporánea, fuera de lugar. Pero no había tal cosa. Al poco rato vimos a Paco nadando con el impermeable puesto, Y a pesar de que en aquél momento todos nos reímos, yo he pensado que tal vez no sea tan mala idea, en un momento así, cubrirse el cuerpo, contra el martilleo de gotas frías que nos acribillan. De todas formas ver a un compañero nadando, con el impermeable y la capucha puestas, elevó un poco nuestro nivel de humor, haciéndonos olvidar por unos momentos las dificultades del trago que estábamos pasando.

Junto al campamento, la corriente se hizo más impetuosa. Las cascadas, a cuyo margen izquierdo se formó el campamento base, estaban al lado y el agua se sentía atraída hacia ellas. Nosotros, a pesar de que no sentíamos tal atractivo por las cascadas, también fuimos impulsados por la fuerza del agua y nos encontramos en la situación de tener que cruzar el río, una vez más por aquellas turbulencias. Afortunadamente, Bruno, Tomás, Agustín y Estanislao habían llegado bastante antes y nos echa-

ron una cuerda, con la que se aminora el peligro y pudimos pasar todos felizmente, con la perspectiva de encontrar ropa seca y comida abundante en el campamento base.

Ilusión pueril. Por el centro mismo del campamento cruzaba un arroyuelo creado por la fuerte lluvia, y lo había enfangado todo: mantas, comida, ropas, leña... todo. Hasta el mismo interior de las tiendas de campaña.

La perspectiva de un buen descanso quedó anulada convirtiéndose en una efervescente laboriosidad. Afortunadamente la experiencia de los urekanos sirvió de mucho en aquella ocasión. Cortando troncos improvisaron unas especies de parillas, de tres metros de largo por uno de ancho, que había de servirnos para dormir aquella noche. Hicieron dos de estas camas y como no daban suficiente para todos, tuvimos que dormir tumbados a lo ancho, es decir que teníamos un metro de largo para cada uno con lo que los pies habían de quedar colgando durante toda la noche. También se consiguió hacer fuego, tras improbos esfuerzos. Se canalizó el riachuelo, desviándolo del centro del campamento y Pedro Gavilán consiguió hacer una sopa de arroz que nos supo a gloria. El segundo plato fué arroz también de la misma sopa, pero en más cantidad, por lo que ya se pudo llamar "paella".

En la tertulia, junto al fuego del campamento se recordaron las peripecias pasadas durante aquel día. Leoncio, el más joven y animoso de los urekanos se acercó a nosotros rascándose la cabeza, de manera dubitativa.

—¿Qué hay, Leoncio?

—Yo, quería preguntarlas una cosa... titubeó un momento —. Un cosa que me tiene intrigado:

—Veamos. ¿Qué es ello?

—Ustedes están viviendo en Santa Isabel. Tienen luz eléctrica, agua corriente, casas confortables, en fin, todas las comodidades que se desconocen aquí en el bosque...

—Pues sí...

—Entonces ¿porqué gastan su dinero en venir aquí, al bosque, a sufrir hambre, a dormir en el suelo y a pasar peligros?

—¿Le resultaría fácil a usted, reverendo padre, contestar a esta pregunta tan sencilla? ¿Cree usted posible hacer comprender a un joven como Leoncio, las razones que impulsan una aventura como aquella? Fernández el más convincente y ameno conversador de nuestro grupo, intentó bosquejar en pocas palabras la teoría de la diversión, lo que significa un cambio de ambiente, la ilusión de vislumbrar lo desconocido, etc.

—¿Es que a ti no te ilusiona llegar a un sitio donde nunca ha estado nadie? — terminó diciendo.

—Si no ha estado nunca nadie, ¿para qué quiero ir yo?

El razonamiento sincero, noble, juvenil y sencillo de un muchacho como Leoncio, cuya edad frisaré en los 18 años no admitía réplica. Tuvimos que echar mano de sofismas y eufemismos dialécticos para convencerlo, sabiendo de ante mano que no lo conseguiríamos. Intervinieron los demás urekanos, para hacernos ciertas consideraciones.

—Mire, usted — dijo uno de ellos, — o lo ocurrido hoy ha sido un aviso de los espíritus que moran en la Caldera.

—¡Ah, pero... ¿hay espíritus allí? — respondí sin poder ocultar cierta ironía.

—Naturalmente. Nosotros sabemos que allí vamos a encontrar unas tribus de enanitos que viven desde hace siglos. Allí, en la Caldera, es donde van a parar los espíritus de todos nuestros ante-

pasados. Todos nosotros llevamos algún recado para nuestros abuelos, que los veremos allí. Pero nunca podremos entrar si vamos como hemos ido hoy. Volverá a caer un tornado y el agua nos llevará.

Si no hubiéramos visto la seriedad con que eran dichas estas palabras, podríamos creer que se trataba de una broma. Pero no: hablaban con absoluta seriedad.

— Mire, si quiere que llegemos bien, no hay que caminar como lo hemos hecho hoy, gritándonos unos a otros, hablando en voz alta y cantando. Mañana hay que hablar muy poco, y siempre en voz baja, para no despertar al Morimó.

Créame, reverendo padre. Le estoy diciendo la verdad. No piense que estas cosas son producto de mi imaginación, para darle su poquillo de salsa al asunto. Por fortuna cualquiera de mis compañeros puede dar fe de estas palabras. Ellos creían de verdad que allí dentro encontraríamos tribus de enanos (¿Pigmeos?), que allí habitaban los espíritus de sus antepasados y que Morimó dormía un sueño de siglos y no debía ser despertado por nuestros gritos, porque en tal caso enviaría sobre nosotros todo el poder de las fuerzas meteorológicas para destruirnos.

Existen leyendas de que un grupo de antiguos cazadores bubis entraron en la Caldera y permanecieron allí muchos años regresando después por Ruiché con lenguas barbas que causaron el espanto de los habitantes de aquel poblado. Pero ninguno de nosotros suponía que estas leyendas tuviesen tales ramificaciones entre las gentes de Ureca.

Aquella noche realizaron un extraño rito del que no tenemos ninguna noticia, pues lo hicieron oculto a nuestros ojos. Tengo entendido, aunque no estoy muy seguro, que sacrificaron un mo-

no, comiéndoselo después, con lo cual no podemos intuir qué clase de ofrenda o sacrificio representaba.

No creo que influyese, ni mucho menos, el sacrificio de la noche anterior para que la mañana del día 25 permaneciese clara y soleada. Tardamos bastante en salir del campamento debido a que lo teníamos enfangado y gran parte de los enseres y la comida estaban mojados.

Preparamos pertrechos y alimentos para cinco días y los distribuimos a nuestras espaldas. Creo que llevábamos de 15 a 20 kilos cada uno. El plan era llegar hasta el mismo punto donde nos detuvimos el día anterior y formar allí campamento.

La facilidad que nos deparaba el tener un camino abierto se vió mermada con la dificultad de tener que transportar cargas por la difícil muralla que defiende la lengua de la Caldera y poco después por la peligrosa cresta. El día anterior habíamos sido previsores dejando cuerdas en los lugares más abruptos, que nos fueron de gran utilidad.

Se caminó en silencio, atendiendo la petición de los urekanos. Pero no durante mucho tiempo, porque algunos de nosotros sentíamos nuestro espíritu lleno de un gozo comunicativo por la empresa que estábamos coronando con éxito. Recuerdo que, antes de emprender el ascenso por la muralla del vértice, nos detuvimos a fumar un cigarrillo, Fernández Palomar y yo. A despecho de las pueriles supersticiones, cantamos, reímos y charlamos a placer. Pero los otros se habían adelantado lo suficiente para no podernos oír. Escalando la muralla, ya no pudimos hacer lo mismo, porque los pulmones reclamaban un aire que no podía desperdiciarse en palabras.

Formamos el primer campamento al escarpe del este, probable-

a la misma altura donde se hallaba situado el punto H de otras expediciones, pero con la diferencia de un abismo en medio, cuya contemplación producía verdadero vértigo.

Ya en el lugar donde íbamos a emplazar el campamento comenzó una lluvia tenue y nuevo nos conminaron a no hablar. Difícil hubiera sido conseguir tener callado a Fernández, cuyos chistes y frases incisivas, surgían irremediablemente a los labios, mal que le pesase al dichoso Morimó.

Como la caza era muy abundante, aquella noche preparamos un fritambo y un mono, para el desayuno del día siguiente. Pelados y puestos al fuego se diferenciaban muy poco el uno del otro, por lo que rociábamos con coñac al fritambo, para distinguirlo al siguiente día, ya que una y otra carne tampoco tienen demasiada diferencia entre sí.

Una lluvia pertinaz empezó a caer en la mañana del día 26. A pesar de ella se recogió el campamento y nos dispusimos a caminar por la lengua de la Caldera. No teníamos mucha agua y desconocíamos en qué punto podríamos encontrarla, por lo que hubimos de cargar con un bidón de 8 litros que, además de las correspondientes mochilas, nos lo fuimos relevando entre Fernández y yo.

Caminamos por el borde oeste de la Caldera, con un enorme escarpe a nuestra izquierda, hasta que encontramos un lugar donde había agua. Pero estaba demasiado cerca del anterior campamento, por lo que decidimos seguir. Cruzamos hacia el lado Este, caminando entonces con el escarpe a nuestra derecha. Finalmente dejamos el escarpe adentrándonos por el centro de la lengua, hasta que se nos hicieron las dos y media de la tarde. No habíamos encontrado agua, así que

nos detuvimos, decidiendo parar allí, para adoptar una decisión conjunta. Nos distribuimos en cuatro grupos, dejando las cargas en aquél lugar, y avanzando hacia cuatro puntos distintos hasta que alguno encontrase agua. Cada cual caminó por donde su intuición le guiaba y parece ser que el más intuitivo fué Paco Díaz, que a los pocos minutos se encontró junto al río del Este, en un lugar donde el muro era menos pronunciado, haciendo fácil el descenso. ¡Por fin habíamos conseguido llegar a un río dentro de la Caldera!

Junto a este río se encontró una planicie apropiada para formar campamento. Nos detuvimos. Eran las cuatro y media de la tarde. Nos encontrábamos en la confluencia de dos ríos y ambos presentaban pintorescas cascadas que se estrellaban en profundos remansos de agua, que ofrecían la tentación del baño.

Como dato característico de la profusión de caza que existe por aquellos parajes, explicaré la forma en que el cazador, Tomás Slabú, mató un hermoso ejemplar de cabra. Ocurrió cuando habíamos dejado el escarpe de nuestra derecha, adentrándonos ya por el interior de la lengua. Serían las doce del medio día y seguramente Tomás sintió ganas de que se detuviese ya la expedición, para reponer fuerzas y descansar. Por ello, y para forzarnos a que parásemos, pensó que lo mejor era matar una buena pieza que tentase a nuestro apetito. Se detuvo, puso su mano en la nariz e hizo el reclamo clásico del cazador: "Mñiac, Mñiac...".

No transcurrieron ni cinco segundos y todo fué como una exhalación. Sonó un disparo, mientras veíamos correr a una cabra a nuestra derecha y otra caía a nuestra izquierda abatida por el escopetazo de Tomás. Tuvimos que prohibirle

que volviese a hacer el reclamo para no encontrarnos ante nuevas piezas y vernos en el brete de acumular más carga de la que llevábamos.

Aquella cabra, junto con algunos sobres de sopa, trozos de tocino y de jamón y algún que otro condimento más (todo iba al puchero, sin discusión) nos proporcionó una buena y abundante cena. Aquella noche resultó agradable, puesto que junto al campamento había unos herbazales que nos proporcionaron un blando colchón como no lo habíamos soñado.

Y amaneció el día 27. Domingo. Todas las mañanas, antes del desayuno el Padre Viñas decía Misa. Pero en aquella fecha quisimos hacer algo especial, porque era la primera que se decía en el interior de la Gran Caldera de San Carlos. Así que, como colofón de la Misa se cantó una Salve, que, si fué un acto emotivo y hermoso, digno de aquella primera Misa en la Caldera.

Poco después, tras un fuerte desayuno, emprendimos la marcha para llegar a situarnos en el centro mismo de la Caldera e hilar allí la bandera española. Fué un caminar accidentado, a trechos por bosque y a trechos por ríos. Con frecuencia nos encontrábamos cascadas que impedían nuestro paso y había que buscar la forma de superarlas por el bosque de uno de sus lados.

A las dos de la tarde, habiéndonos alejado bastante de los ríos, divisamos una roca pelada que hay en los escarpes del Este de la Caldera y que ya habíamos visto desde el vértice geodésico en otra expedición realizada en el mes de Diciembre en colaboración con el grupo femenino de la Federación. Por la situación de aquella roca, la distancia de las paredes del Norte y la altura comprobada en el altímetro de Díaz, llegamos

a la conclusión de que habíamos sobrepasado un poco el centro de la Gran Caldera. Estábamos a 915 metros de altura. A nuestro alrededor paredes altísimas, algunas de hasta 1.300 metros sobre nuestras cabezas. Encerrados en una inaccesible cárcel de montañas, lo que podíamos vislumbrar de aquel valle era un espectáculo de tal belleza que los ojos no se cansaban de contemplar. Por desgracia, nubarrones de niebla se extendían a nuestro alrededor y aquella visión fué desapareciendo.

Este fué el momento culminante de la expedición. Leoncio y Palomar se encaramaron en el más alto de los árboles que encontramos. Con paciencia y equilibrio fueron cortando todas sus ramas, hasta dejar una, la más alta, sobre la cual colocaron la bandera, que había de ondear a los cuatro vientos de aquel recóndito lugar, los gloriosos colores de España. Rezamos una oración y se emprendió el regreso.

Lo que nos había costado cinco horas y media de camino en el viaje de ida, se hizo en hora y media en el de regreso. ¡Qué fácil es caminar cuando se tiene una trocha abierta y no hay que machetear, orientarse y buscar los accesos factibles! En este camino de regreso fue cuando recogimos a Federico. No, no se extrañe usted. Federico era un mandril recién nacido, (Creo que en rigor científico debemos llamarle Dril de Fernando Poo, ya que en nuestra isla creo que no existen los mandriles auténticos). La cosa fué así: Tomás Siabú, desde que uno de estos bichos mató a su perro abriéndolo en canal como quien abre una naranja, les tiene verdadera fobia. Al ver una pareja en un árbol no pudo resistir la tentación de la venganza y disparó sobre ellos. Cayó el macho herido y la hembra quedó arriba el tiempo suficiente para

que Tomás pudiese volver a cargar y dispararle. Cayó también la hembra, con su cría en los brazos. Y a ese pequeño bichito fué al que bautizamos con el nombre de Federico Montañés Calderón, remediando las palabras Federación de Montañismo en la Caldera. (1)

Aquella noche cuatro de nosotros estuvimos con fiebre. Bruno, Palomar, Gavilán y yo. No sé a qué pudo ser debido, pero lo cierto es que todos teníamos algunos síntomas de paludismo. El que más nos preocupó fué Bruno que apenas cenó y parecía tener una temperatura alta. De seguir así se nos presentaba una difícil papelita para salir de la Caldera al siguiente día.

Por fortuna Gavilán y Bruno amanecieron el lunes casi limpios de fiebre. Pero Palomar tenía una herida del tobillo infectada y eso le había hecho aumentar la fiebre. Yo también estaba mal, probablemente a causa de unas rozaduras en los pies, que se me habían infectado.

La perspectiva no era muy agradable para el camino que nos proponíamos efectuar, pues queríamos llegar ese mismo día hasta el Campamento base y, de ser posible, cargar con todo lo que allí quedaba y dirigirnos hasta la playa. Palomar y yo lo pasamos muy mal ese día. En el descenso hubieron momentos en que la fiebre nos enturbiaba la mente, que era imprescindible que estuviese clara para no dar un paso en falso.

Aquella noche dormimos en el Campamento base.

Al día siguiente el único que tenía fiebre era yo, pero sabía que era a causa de la infección de los pies, con los que apenas podía caminar. Mi carga y mi trabajo se lo repartieron entre los compañeros y emprendimos el regreso por el Tudela hasta la playa. No pudimos cargarlo todo, por lo que dejamos parte

allí arriba, con el fin de que al siguiente día remontaran el río un grupo de porteadores de los que viven en las playas de Ureca, empleados con el Sr. Ebiole en la pesca de la tortuga y lo bajasen.

Realmente aquí debería terminar esta carta que le dirijo a usted, padre, narrándole la aventura de la Caldera. Porque todo lo restante ya es del dominio público. Enviamos la noticia a San Carlos y, por lo visto esta llegó incluso a los periódicos de la Península. Tuvimos ocasión de parar tres días en la playa, esperando la lancha que la Diputación tuvo la amabilidad de enviar de nuevo a recogerlos y se nos ofreció la ocasión de presenciar una pavorosa subida del río Tudela, que estuvo a punto de llevarse nuestro campamento, situado en su desembocadura.

Este incidente, aunque no pertenece propiamente a la misma aventura de la expedición es digno de ser mencionado, para dar idea de la fuerza incontenible que tiene este río. Me permita explicárselo como final de mi carta.

La jornada que hicimos desde el Campamento base hasta la playa fué lenta, en parte por culpa mía, porque los pies los tenía heridos y la fiebre me restaba energías. Pero también en parte porque ese día el río bajaba con un agua sucia, como nunca lo habíamos visto. Probablemente algún despredimiento de tierras en cualquiera de los numerosos barrancos que hay en la Caldera, fué el motivo de que el agua llegase tan turbia. Esto impedía notablemente el caminar sobre las rocas cubiertas de agua, pues no las veíamos. Pero si los cuerpos estaban fatigados, los espíritus se encontraban alegres y optimistas. Olvidé decirle que en el campamento base habíamos encontrado un garrafón de vino que, por encargo nuestro nos tra-

jo desde San Carlos Raimundo Ebiole, subiéndolo hasta allí, junto con unas medicinas y cartas de Santa Isabel, dos de sus empleados. Las noticias de nuestros amigos y familiares eran buenas y nosotros, por nuestras patas también tendríamos ocasión de darles la buena de haber conseguido el objetivo propuesto. Por eso teníamos interés en llegar cuanto antes a la playa y enviar la noticia. A nuestra llegada contratamos los servicios de varios pescadores de tortugas para que subiesen al campamento basé a por las cargas que restaban. Con ellos subió también el animoso Leoncio, joven cuya energía y resistencia parecían inagotables. No sabemos cómo, pero a las tres horas y media estaba de regreso trayendo algunos de los pertrechos que quedaron arriba. Poco después de haber llegado él, espesos nubarrones cubrieron por completo la perspectiva de la Gran Caldera. Supusimos que por allí arriba estaría lloviendo. Entonces fué cuando notamos que el río empezaba a subir de manera alarmante. Nos habíamos quedado solos en el campamento Pedro Gavilán y yo, mientras los otros habían ido a dar un paseo hasta Punta Sagre.

Tomás y Emilio llegaron en aquel momento y nos explicaron cómo en cierta ocasión, durante la época de lluvias, el río había subido tanto que se llevó el campamento de caza que allí hablan organizado. Esto nos alarmó, porque el río seguía subiendo y sabíamos que por él bajaban tres hombres con nuestras cargas. Conociendo la forma en que viene encajonado el río y recordando los apuros y peligros que sufrimos nosotros unos días antes, era de temer que ocurriese algo desagradable. No dejábamos de mirar el nivel del agua que cada vez era más alto, llegando incluso a po-

cos metros de nuestras tiendas. Río arriba se divisaba una vorágine amenazadora arrastrando cuanto hallaba a su paso. No se nos quitaba de la cabeza la idea de que algo les pudiera haber ocurrido a los tres muchachos que habían subido a por las cargas. Llegó un momento en que el aluvión se hizo más intenso, llegando el agua a unos pasos del campamento. Nos pusimos a mirar lo que intentaríamos salvar si el agua seguía subiendo. Pero la verdad es que eso nos preocupaba mucho menos que la suerte de los tres hombres que venían por el río. Si la riada les había cogido dentro, sería difícil que se hubieran podido refugiar en una de sus márgenes. Nosotros nada podíamos hacer, sino rezar. Y en el mismo momento en que pedía a la Virgen del Carmen que los ayudase aparecieron por el bosque del otro margen del río. De verdad, padre, no me dió tiempo ni siquiera a rezar un Ave María: tan sincronizado estuvo mi pensamiento con la aparición de los tres muchachos. Estaban en el otro margen del río, sí. Pero a salvo, aunque mojados hasta los huesos y con frío y hambre. Lo primero que nos pidieron fué cigarrillos y cerillas. Tuvieron que esperar un rato largo a que el agua bajase para cruzar y entonces se les atendió debidamente. Estos fueron los últimos momentos de emoción y ansiedad que nos deparó la expedición. Después todo marchó sobre ruedas: Unos días en la playa, un viaje feliz y luminoso en la lancha de la Diputación y la llegada a San Carlos y poco después a Santa Isabel, a confortables refugios de nuestros hogares.

Del resto... ¿qué le voy a contar? Todo es conocido. Se nos hicieron infinidad de preguntas, se nos pidió que relatásemos la historia diez veces al día

y se nos felicitó por el éxito de la empresa con toda sinceridad, porque, a despecho de pueriles suspicacias, yo creo que todos se alegraron de que lo hubiéramos conseguido. Como colofón, el Delegado de Deportes, señor Trujillo, organizó un acto público para que relatásemos todos los incidentes de la expedición, Asistió al mismo S. E. el Gobernador General y cada uno de nosotros explicó alguna de las facetas o de las anécdotas ocurridas. Usted me pidió que le hiciese una prouja historia de la aventura, para publicarla en la Guinea Española, agregando que pensaba dedicar un número completo a ella. Tal amabilidad merecía que hubiese escrito un diario más minucioso de lo ocurrido, pero he preferido dirigirle esta carta en la que intento plasmar, quizás demasiado subrepticamente, las más importantes incidencias, porque creo que el estilo epistolar es más sincero y se aviene mejor a este sentido de sencillez que deseamos darle a nuestra expedición. Porque no hemos hecho más que encontrar un camino de acceso para que futuras expediciones puedan trasladarse a aquel lugar ya sea con fines clásicos, artísticos, turísticos, etc. La Gran Caldera de San Carlos es un pequeño mundo de fábula, en el que todo es grandioso, bellissimo y espectacular. Un lugar de nuestra isla digno de ser visitado, pues su contemplación compensa de todas las penalidades que infiere su acceso.

Después... ya sabe usted... La prensa de la Península comentó el hecho así como diversas emisoras y periódicos extranjeros. Recientemente se nos han pedido datos creo que para la France Press y creemos que, sino nuestra aventura, por lo menos si las fotografías son dignas de un hermoso reportaje que descubra las innumerables bellezas que encierra la Gran Caldera de San Carlos.

Tras nuestro viaje, dos nuevas expediciones volvieron a entrar en la Gran Caldera. La primera la realizó Miguel Atik, acompañado de tres urekanos que ya habían venido con nosotros. Y consiguió la proeza de entrar y salir en tres días. La segunda, dirigida por Herminio García obtuvo el maravilloso reportaje fotográfico que acompañará a estas cuartillas, ya que nosotros no anduvimos muy acertados en lo que a tirar carretes se refiere. A él debemos, por lo tanto, la ocasión de ilustrar las explicaciones de manera tan elocuente como lo son estas fotografías.

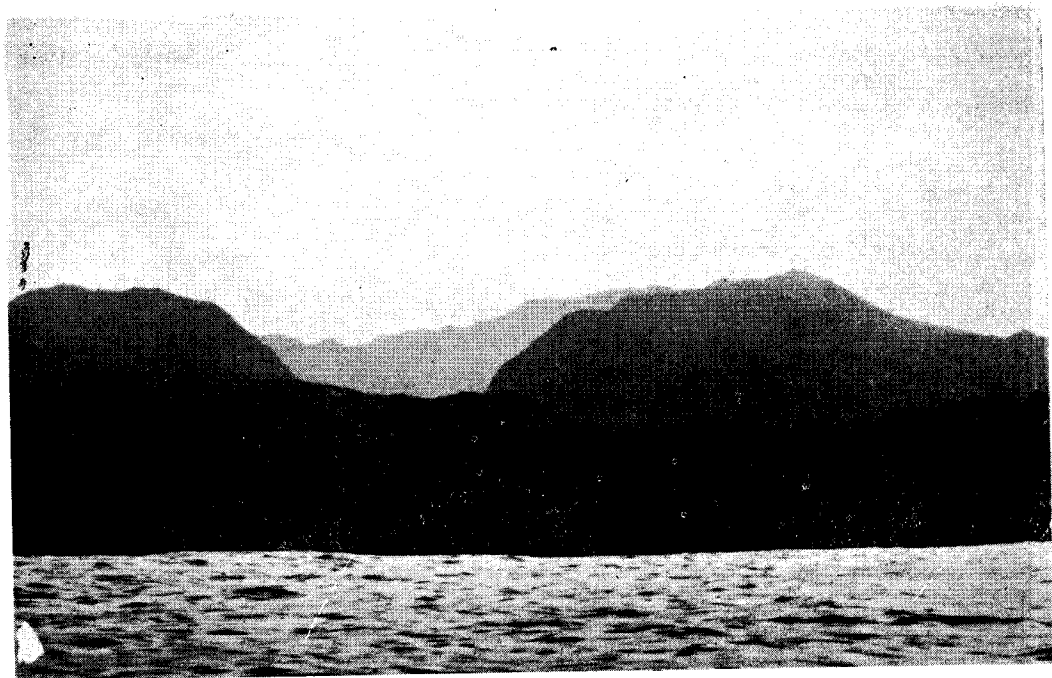
Temo haber sido enfadosamente proujo en la enumeración de los hechos pero ya usted sabe que una aventura de estas tiene tema para explicar y no acabar nunca. Por eso me permito soslayar más comentarios y hacer aquí punto final.

A todos aquellos que nos han ayudado, a quienes con su interés y con su entusiasmo nos dieron ánimos para conseguir izar por vez primera la bandera española en el centro de la Gran Caldera de San Carlos, desde estas líneas les envío la expresión de nuestro más sincero y conmovido agradecimiento. Y usted, Padre, reciba nuestro respetuoso afecto y reconocimiento por todas sus amabilidades.

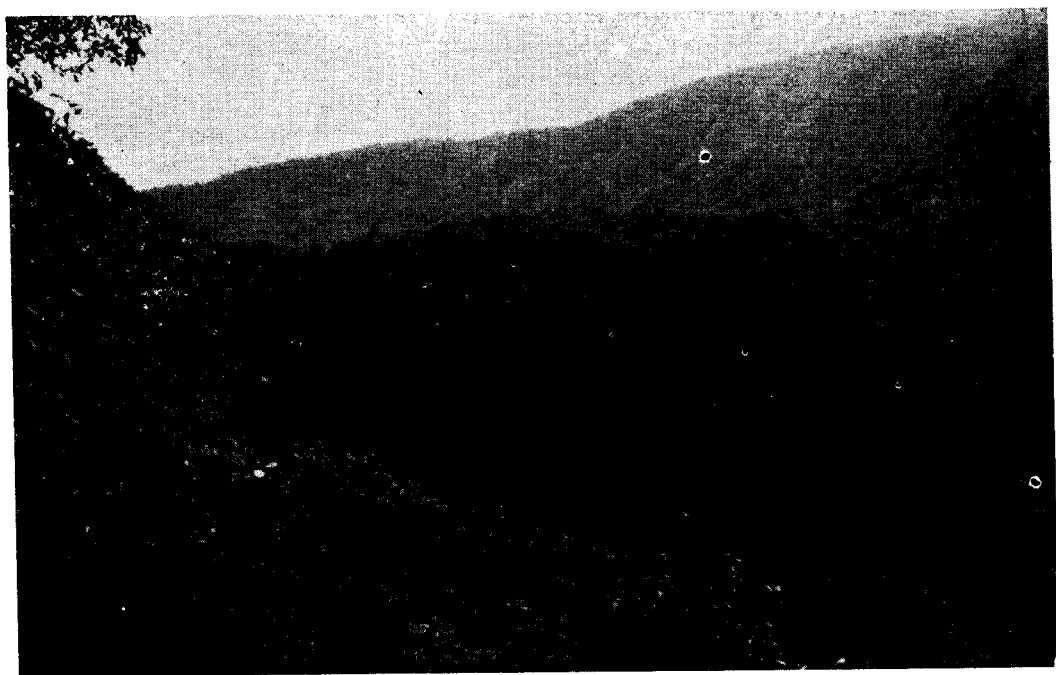
Beso a usted la mano.

Luis Jiménez Marhnenda.

(1) Fué durante este viaje de regreso cuando colocamos en una de las confluencias de los numerosos ríos que circulan por la Caldera una Imagen de la Virgen que nos había regalado el Sr. Gil Velasco. Esa es la que llamamos "Virgen de la Caldera" y con tal nombre señalamos ese punto en el mapa.



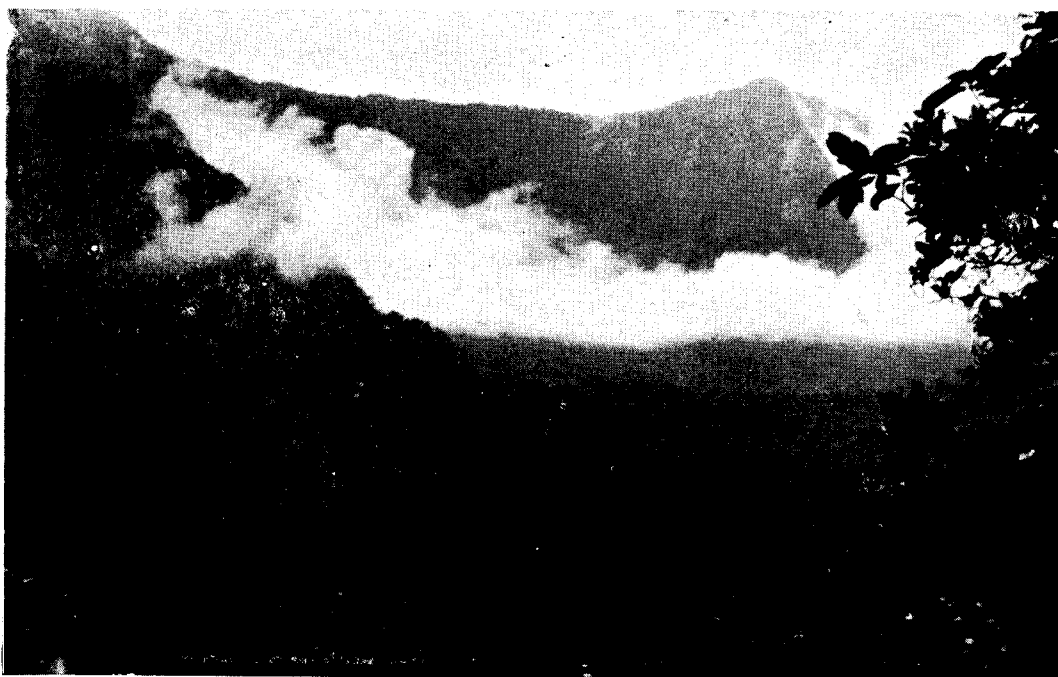
La Gran Caldera de San Carlos vista desde el mar (Foto HERMINIO)



Bosque cerrado ocupa todo el fondo de la Gran Caldera (Foto HERMINIO)



La excursión "Herminio" también llegó al fondo de la Gran Caldera. (Foto HERMINIO)



Nubes caprichosas hacen continuamente más pintoresco el paisaje de la Gran Caldera. (Foto HERMINIO)



En los ríos que recorren el fondo de la Gran Caldera se forman hermosas cascadas.



Excursionistas de la Federación de Montañismo escalaron en meros de día y medio los 3.000 metros del Pico de Santa Isabel los días 17 y 18 de Marzo.



El día 18 de Marzo, a las cinco y media de la tarde, excursionistas de la Federación de Montañismo de Fernando Foo llegaban a la cima del Pico de Santa Isabel y rezaban un padrenuestro ante la cruz que preside aquellas alturas.

Nombramos a los excursionistas por el orden en que aparecen en la foto. Srta. Guadalupe de las Casas, la primera señorita que llega a aquellas alturas, José Luis Soteres, Carlos Pastor, Padre Teodoro Crespo Capellán de la excursión, Fernando Morales, Tomás Soler (el guía,) Jesús Zuñeda, José Alonso, Benigno Palomar y Fernando Fernández Echegoyen. Faltan en la foto Luis Jiménez Marhuenda el fotógrafo, Enrique Sánchez Mota y Angel Oná que se ocupaban en montar el campamento.

BREVE RELACION DE UNA EXPEDICION CIENTIFICA ALEMANA A FERNANDO POO

Por el Dr. Martin Eisentraut

Director del Museo "A. Koenig", de Bonn.

En nuestro tiempo de tanta agitación política es grato poder afirmar que Fernando Poo se cuenta entre los pocos países tranquilos y pacíficos de Africa. Esta isla tropical es aún un verdadero paraíso para el Naturalista. Rara vez puede hallarse en un espacio tan reducido, tan magníficos y variados paisajes como aquí. Por todas partes reina una exuberante vegetación tropical, ya sea en las extensas plantaciones o cultivos, ya en aquellas partes de terreno que aún quedan en estado más o menos primitivo.

Lo mismo que el mundo vegetal, es también muy rico y variado el mundo animal. Con el fin de conocer a este último más de cerca, he tenido la suerte de visitar la Isla con mis compañeros de trabajo, Sres. W. Harwig y H. Dischner, y permanecer en ella desde mediados de Septiembre de 1.962 a mediados de Marzo de 1.963.

Este viaje de investigación emprendido por iniciativa y a expensas del Museo estatal "A. Koenig" de Bonn, tenía por objetivo principal la búsqueda y estudio de animales vertebrados. Como continuación de mis investigaciones paralelas en el vecino continente, presisamente sobre la zona del monte Camerún, era para mí de gran interés el adquirir una impresión general sobre la fauna de la

Isla y recoger materiales para después poder comparar las especies insulares con las correspondientes especies continentales. Un atractivo especial de estas investigaciones lo constituye el que habiendo sido cortado el trozo de tierra, que hoy es Fernando Poo, del bloque continental por un brazo de mar en tiempos relativamente modernos, probablemente después del Periodo Diluvial, y convertido así en isla, su fauna inició una evolución propia, llegando con el tiempo a formar numerosas razas endémicas, que hoy se distinguen de las continentales por caracteres externos más o menos importantes.

A esto se añade el curioso fenómeno de que en ambas regiones viven dos elementos faunísticos muy distintos entre sí. Por una parte los representantes de zonas bajas, el llamado bosque tropical de lluvias o **pluvsilva tropical**, y por otra los representantes de zonas altas o alpinas, existentes en ambos países. Algunas especies son tan características de altura que nunca descienden de las más elevadas zonas montañosas.

En vista de estas tan diferentes faunas, naturalmente que estaba interesado en poder examinar diversas zonas de la Isla para poder apreciar bien el mundo animal de los distintos ambientes biológi-

cos. Y así, desde mediados de Septiembre, en que llegamos, hasta fines de Octubre permanecimos en la Finca Moritz de San Carlos. Después nos establecimos en el alto Valle de Moca. Desde aquí, a principios de Diciembre, hicimos un corto estacionamiento a orillas del río Ilache. Luego emprendimos una excursión de tres semanas, desde el 16 al 6 de Enero, a las laderas del Pico de Santa Isabel, situándonos en el llamado Refugio, desde el cual el 31 de Diciembre realizamos una ascensión hasta la misma cumbre del Pico. Una nueva excursión de 15 días nos llevó a las costas del sur de la Isla en la zona de Ureca. Después volvimos a nuestra morada habitual de Moca, donde nos dedicamos a la preparación y acondicionamiento del material recogido, no sin dejar de hacer frecuentes y rápidas excursiones a diversos sitios para recoger nuevo material, como Concepción, Musola, Maule, la famosa Cueva de Morimó en Riasaca, tan abundante en murciélagos, San Carlos y lugares pantanosos de Boloco.

Efecto de todas esas andanzas ha sido que en el breve espacio de seis meses hayamos recogido un numeroso e interesante acervo de ejemplares de mamíferos, aves, reptiles y anfibios, algunas de cuyas especies no eran conocidas hasta ahora en Fernando Poo. Solamente de aves llevaremos unos 1.050 ejemplares.

Es aún prematuro explicar detalles de este material recogido, que será después cuidadosamente estudiado a nuestra llegada a Bonn.

Creemos que nuestro viaje ha tenido un resultado enteramente feliz y nos marchamos contentísimos de nuestra estancia en Fernando Poo. A nuestro éxito han contribuido eficazmente las facilidades que nos han dado las Entidades oficiales españolas y la amable acogida y ayuda que en todas partes hemos recibido de los españoles residentes en la Isla y asimismo de los varios compatriotas alemanes avedados en la misma, especialmente del cónsul alemán, Sr. Moritz. A todos ellos nuestra más sincera gratitud.

Queremos hacer constar nuestro especial agradecimiento al Excmo. Sr. Gobernador General, D. Francisco Núñez, al Sr. Jefe de Policía, D. Jaime Ramírez de Togores, al Sr. Delegado del Distrito de San Carlos, D. José Alonso, lo mismo que a los Rdos. Padres Misioneros, que en sus distintas residencias nos han acogido siempre amablemente y nos han prestado desinteresada ayuda y de un modo particular al P. A. Basilio, quien por sus escritos científicos es ya conocido como uno de los mejores conocedores de la fauna de Vertebrados de la Guinea Española.

AVES DE FERNANDO POO

FAMILIA TURDIDAE (TORDOS)

Por Aurelio Basilio C. M. F.

(Continuación)

Diaphorophia blisseti Chalibeaportacejas pechinegro.**Diaphorophia Chalibeareichenow 1897.**

Descripción: Las partes superiores son de color negro brillante con reflejos verdosos, excepto la rabadilla que es gris; la garganta y parte alta del pecho son del mismo color que el dorso; las demás partes inferiores son blancas, a veces con ligero baño amarillento. Los lóbulos, que rodean todo el ojo, son de un verde de hierba. Pico negro; iris pardo oscuro; pies de un morado inter-so. En la hembra las partes negras son más bien de un gris negruzco. En los jóvenes la garganta y papo son primero blancos, luego castaños y finalmente negros.

Medidas: Longitud, 100 mm.; ala, 51; cola, 26; pico 13; tarso, 15.

Distribución geográfica: Región sur del Camerún y en la Guinea Española, donde nosotros mismos hemos capturado un ejemplar cerca del poblado de Messeng.

Fernando Poo: Sustituye en las alturas a la especie anterior. Alexander y el conde de Wolff—Meternich la obtuvieron en las cercanías del Pico de Santa Isabel. A nosotros nos cazaron 3 ejemplares en Moka. Aquí es bastante frecuente en los bosquecillos de alguna extensión que aún quedan entre las praderas. Sus hábitos son muy parecidos a los de la especie castanea. Los bubis de Moka la llaman *Miyoko*.

Trochocercus albiventris.—papamoscas ventriblanco.**Trochocercus albiventris Sjostedt 1893.**

Descripción: La cabeza es negra; el dorso

y la rabadilla gris—pizarrosos; alas y cola pardo—oscuras. Garganta y papo negros; bajo pecho y vientre blancos; costados grises. Pico negro; excepto en la base de la mandíbula inferior que es gris; iris pardo; pies negro con tinte morado.

Medidas: longitud, 132 mm. ala, 60; cola, 60; pico, 9; tarso, 17.

Distribución geográfica: Altas montañas del Camerún y de Fernando Poo.

Fernando Poo: Sólo se le puede hallar en las altas elevaciones desde los 1500 metros para arriba. Alexander fué el primero en cazarlo en el Pico de Santa Isabel y su colector José López en el Pico San Joaquin sobre Moka. A nosotros nos trajeron un ejemplar de una excursión al Pico de Santa Isabel en Diciembre de 1956.

Terpsihone rufiventer tricolor.—Papamoscas tricolor.**Muscipeta tricolor Fraser, 1843.****Tchitrea tricolor (Bannerman)**

Descripción: Pertenec a un grupo denominado papamoscas o moscasetas del Paraíso por la elegancia de sus formas y la belleza de su colorido. Gozan además de canto agradable. La moscasetta tricolor se llama así por tener en su plumaje tres colores bien definidos y separados. Toda la cabeza es de un azul oscuro aterciopelado; el dorso, alas y cola de un gris pizarra; el pecho y vientre de un hermoso castaño anaranjado. El pico, los párpados y los pies son azules; el iris gris oscuro. El pico tiene a veces la punta negra o es totalmente negro. La hembra suele ser de colores más pálidos que el macho.

Medidas: Longitud, 154 m. m.; envergadura, 25'4; ala, 8'2; cola, 9'2; pico, 1'5; tarso, 1'5 (de

un ejemplar cazado en San Carlos el 24-VII-1955).

Distribución geográfica: La subespecie está limitada a Fernando Poo. La especie tiene una distribución amplia, en África occidental desde el Senegal hasta la desembocadura del río Congo. En la Guinea Española se halla la *T. rufiventer neumanni* y en la isla de Annobón la *T. r. smithii*.

Fernando Poo: Fué descubierta por Fraser desde entonces ha sido hallada por todos los colectores. Nosotros la hemos obtenido en Banapá, Sácriba, Concepción y San Carlos. Aunque diga el conde de Wolff-Mettierich que parece no pasar de los 1000 m. y que falta en Moka, nosotros hemos cazado allí dos ejemplares y cogido un nido cerca del poblado, a unos 1.300 m. En los bajos se encuentra en todas las plantaciones algo extensas de cacao, y en las alturas en las arboledas y matorrales. Habita con preferencia en las ramas bajas de los árboles, donde

se la ve posada largos ratos, tardando en escapar a la presencia del hombre. Sus nidos los pone también bajos al alcance de la mano, pero muy bien sujetos en el cruce de delgadas ramas. Son un verdadero primor de construcción; en forma de taza, con las paredes perfectamente redondeadas y alisadas, hechas de una delicada trama de musgo y fragmentos de tela de araña al exterior, y de fibras vegetales muy finas al interior. Hemos visto dos: uno en Banapá (zona baja) en Octubre, y otro en Moka (zona alta) en Enero, pero ambos de casi idéntica construcción, dominando algo más el musgo en el de Moka para mimetizarlo al ambiente musgoso de las ramas en que estaba. Ambos contenían dos huevos, de forma oval y de color blanco crema con manchas pardo—chocolate, muy escasas en la zona estrecha y muy densas, formando una gruesa corona, en la zona ancha; el tamaño 20 x 14 mm. Los bubis llaman a este pájaro **Boroerue** y **Robesaisola**.

Historia del Sudoeste de la Isla

PUEBLOS DESAPARECIDOS

(Continuación) Por T. Martínez, C. M. F.

Riledde.— De este pueblo escasamente hemos podido allegar una pequeña referencia. Al final del reinado de Moka había desaparecido prácticamente pues sólo quedaba un solo morador.

Estaba situado a la derecha del Iladyi. Para alcanzar la meseta en donde se asentaba Riledde hubimos de trepar por una dura pendiente. Mientras subíamos me vino a la memoria la descripción que el P. Onetti, evangelizador de Ureka, hace de estos caminos en una de sus peregrinaciones a ese sur enmarañado en compañía de su superior, P. Horrit: "Ambos alzamos los ojos y nos quedamos contemplando el *caminito* Para mis veintiocho años aquello era una diversión, era, a lo más, una demostración práctica de aquello de que el hombre participa de la naturaleza de todos los animales, y en efecto, nos íbamos a convertir en ... araña. ¡Pero el pobre Padre! ... Antes de dar un paso miraba donde podía asirse con una mano, mientras con la otra se sostenía agarrándose fuerte mente a alguna raíz o piedra saliente y sólo cuando ambas manos estaban bien aseguradas, echaba un pie y luego el otro ... Yo le ayudaba, yendo delante reconociendo los lugares peligrosos y alargándole la mano o el palo. Al fin vencimos el primer obstáculo y vuelta a su jaculatoria en catalán el P. Horrit). Estos catalanes, en cuanto les pasa algo desagradable, dicen una jaculatoria o un reniego en su lengua, y... se acabó todo" (Las Misiones Católicas, 1918 pág. 157).

A juzgar por la extensión del terreno en donde se pueden ver todavía restos de cerámica en medio de un bosque liso y limpio, Riledde debió ser notablemente grande.

Tal vez haya que indentificar este pueblo con "Ureka Bualé". Dice el P. Pereda en su opúsculo "San Antonio de Ureka": "El mapa del Sr. Pellón, solo pone un pueblo junto al río Iladyi, el que da el nombre de Ureka Boalé

a 167 m. de altura y con 530 habitantes" (pág. 3). En la memoria titulada "Estado religioso y moral de los habitantes de Fernando Poo, de su terreno, producción ... " presentada por el primer Prefecto Apostólico al Ministerio de Ultramar, en medio de una barahúnda de pueblos (69 exactamente) muchos de ellos con nombres exótico aparece inmediatamente después de Boloco el nombre de Bualé.

Cuando se fundó la Misión de Concepción Riledde o Bualé había ya desaparecido. No nos extraña que los Misioneros de aquellos primeros años al pasar junto a las ruinas todavía calientes de este pueblo no se pararan para dedicarle unas líneas siquiera de recuerdo póstumo. Un pueblo desaparecido pasaba entonces desapercibido al lado de tantos otros que todavía se mantenían pujantes, tal como un árbol caído por grande que sea pasa inadvertido en medio del frondoso bosque.

Boho. Fue sin duda alguna uno de los pueblos más grandes de esta zona. Al final de la segunda mitad del siglo pasado alcanzaba la notable cifra de 850 habitantes. Debido a las vicisitudes por las que hubieron de pasar todos estos pueblos a comienzos de siglo, Boho se componía escasamente de 193 vecinos y en el censo de 1942 se le daba por desaparecido.

Muy poco es también lo que se sabe de este pueblo, a pesar de su importancia numérica. En los libros parroquiales de Concepción no aparece ni una sola vez el nombre de **Boho**, siendo así que están anotados por otra parte pueblecillos cuyo nombre perdura gracias a la obra misional. Estos libros repletos de pueblos, son como un sagrado recinto sepulcral en donde cada hoja, como una lápida, encierra el nombre de cada uno de esos pueblos ya ídolos.

En las relaciones de viajes solamente hemos

hallado el nombre de Boho una sola vez. A los pocos días de establecidos los Misioneros en la bahía de Concepción fueron visitados por varios jefes de esta extensa zona; uno de esos jefes era el de Boho. Dice así el cronista: "Me refiero a la caprichosa visita que recibieron nuestros Hermanos de los muchukus de Boloco Grande y de Boho, conocido este segundo con el nombre de Sas. Atraídos por el rumor de que habían llegado a la playa unos hombres extraordinarios, vinieron a presentar sus respetos y a ofrecer sus presentes, exhibiendo su gente armada y ofreciendo el primero un cabrito, solicitando al mismo tiempo la instalación de la Misión en su pueblo, y el segundo los obsequió con dos ovejas."

Cabe suponer que a Boho se le haya conocido vulgarmente con otro nombre, tal como se observa en algún que otro pueblo de esta zona y tal vez se le deba identificar con **Mpedaoba** situado a la izquierda del Ilayi. Este pueblo fue también muy numeroso y se mantuvo floreciente hasta el reinado de Moca, es decir, hasta finales del siglo pasado. El gran palmeral que rodea los solares de este antiguo pueblo confirma su grandeza.

Da pie a esta indentificación el primer mapa de la Misión publicado en el año 1901 en el cual aparece Boho situado a la izquierda del Ilayi y la misma altura que Mpedaoba. Por otra parte la última persona de Mpedaoba residente en Eorí, se llamaba Molako que parece ser el mismo individuo que a principio de siglo tenía la jefatura de Boho.

Eorí Yendo hacia el Este se encontraba Eorí, a la misma altura de Baho y a poca distancia. Fue un pueblo muy grande agrupado en tres núcleos principales, a saber: Rocaeye, Oajoa y Rimpedé. En este último residía el jefe principal.

Conocemos los nombres de tres jefes: Meha, Muatetema y Mpedé. Sabemos además el número de sus habitantes, correspondiente a sus últimos años; en 1901 sumaba un total de 24 vecinos.

Eorí fue importante en esta comarca debido a su industria de "motaos" o machacadores cuya elaboración era exclusiva de una hermandad de mujeres las cuales ambientaban su trabajo en ciertas prácticas rituales. "Antiguamente (siglo pasado) entre el río Ilayi y el río Bulabó, había una cabaña, cerca del mar aunque algo escondida en el bosque, donde se introducían ciertas mujeres para hacer los "motaos" (machacadores). Estas mujeres formaban una sociedad, llamada **Bilocobari**, a la que pertenecían las mujeres na-

cidas en Eorí. La sociedad se gobernaba por una muchucuari (jefe), una de las cuales fue la anciana Bialé, muerta hace unos años. Las mujeres estaban bajo la ley de no hacer ningún motao fuera de esta casita." (A. Martín).

Las Industrias Líticas de Fdo. Poo. Guinea 1962, pág. 290)

En la parte religiosa merece consignarse el nombre del primer cristiano de Eorí. Fue Natividad Masalote de 40 años de edad bautizada en 1905. De entre los pocos habitantes con que contaba Eorí a su finales encontramos algún que otro cristiano más bautizado en los pueblos a donde se habían trasladado a vivir cuando el pueblo natal se deshizo.

Ejoko.— Ejoko fue una prolongación de Eorí y más concretamente de Rimpedé, el núcleo principal. Conforme se agrandaba la masa humana el bosque se iba alejando del poblado hasta que llegó un momento en que parte de los vecinos de Eorí decidieron correrse hacia el norte en busca de tierras cultivables. Ejoko agrupó a todos esos habitantes de Eorí que se decidieron a hacer un nuevo claro en el cerrado bosque. Su jefe era el mismo de Eorí.

Ejoko sufrió las mismas vicisitudes que Eorí, desapareciendo a principios de siglo. Sus moradores se dedicaban con bastante provecho al comercio del aceite con los mercaderes de las costas vecinas que se acercaban hasta esas tierras.

Raacca.— "Mattadda" llaman los naturales de esos lugares a una serie de montañas que se alzan como pesados torreones encerrando por esa parte el recinto de Moca. Raacca estaba al pie mismo de esas montañas.

A decir de los que han oído hablar a aquellos que conocieron a este pueblo en su pleno auge fue uno de los cuatro pueblos importantes de esta zona última del Sudoeste. Con todo a principio de siglo no pasaba de 10 habitantes; al frente de los cuales estaba el jefe Meomobo. La disenteria y la enfermedad del sueño fueron minando la existencia de este pueblo hasta reducirlo a un simple recuerdo.

Los primeros cristianos de Raacca fueron Francisca Ememe de 16 años y María Concepción Bilabba de 6 años, bautizados en 1898 por el P. Pablo Pardina.

Moeba.— Un pueblo singular entre todos los de esta parte es sin duda alguna Moeba. Su origen se debe a un proceso natural dentro de

toda sociedad en virtud del cual todo aquello que no encaja armónicamente dentro de un cuerpo social tiende a ser separado, expulsado. Al margen de toda ciudad trece otra ciudad, innominada en los mapas, pero con un nombre peculiar dentro de cada casco urbano, en donde se recluyeron cuantos andan fuera de la ley.

Alrededor de estos pueblos de Concepción se fueron agrupando cuantos no encajaban dentro del marco social de su pueblo o clan. Todos estos extrasociales acamparon primeramente cerca de las aguas de Riaká (Balachá ue Concepción, formando el pueblo llamado "Eamá!! Desconocemos el tiempo que vivieron en esa parte. Con todo el lugar elegido no debía ser nada bueno ni para los pueblos vecinos ni mucho menos para ellos, emplazados al lado mismo de uno de las principales vías de comunicación y a dos pasos del gobierno central bubí.

Esta su situación fue causa de que más de una vez se les aplicara la mano ya que Eamá, al estilo de lo que haría más tarde Bolobe, ejercía el pillaje por toda la redonda.

Por esta causa hubieron de emigrar hacia el sur en busca de un refugio seguro pues la mano férrea de los jefes de Moca no daban lugar a muchas concesiones. En esta zona del sur escogieron un lugar muy a propósito en donde se asentaron con el nombre de Moebá. La pequeña explanada en donde fijaron su morada tenía dos pasos de acceso muy estrechos, al este y oeste, quedando delimitado todo lo demás por profundas barrancadas.

Moebá con el transcurso de los años fue olvidando su pasado convirtiéndose en un pueblo tranquilo y trabajador. En ese lugar vivió silenciosamente hasta principio de siglo.

Simón Erimola, un niño de 13 años de edad, fue el primer bautizado de este pueblo en el año 1905.

Ranchería.—Al lado de estos pueblos fueron surgiendo rancherías o caseríos formados por gentes que provenían de los pueblos de Moca. Muchas de estas rancherías siguieron el mismo derrotero que cupo a esos pueblos.

Cuatro fueron las principales rancherías: Abebo, Etodo, Aoo y Oriema.

Abebo.— Esta ranchería estaba situada a la altura de Eorí, entre los ríos Moola y Ebáchoso (Abayoso). El censo de la Misión le pone entre los pueblos de esta zona con 50 habitantes al frente de los cuales estaba el jefe Sasi, Sas.

La comarca de Abebo parece ser que empezó a ser cultivada por Sas y un hermano suyo; sus descendientes trabajaron ahí sus fincas hasta el año 1930 en que dejaba de existir por completo esta ranchería.

El primer cristiano de esta ranchería fue Timoteo Sibacha, de 26 años de edad y bautizado en 1898.

Etodo.— Otra pequeña ranchería de Moca desapareció por el mismo tiempo que la anterior. Al Morir Maho, uno de los hijos del rey Moca y jefe de esta ranchería, sus moradores fueron ascendiendo nuevamente a sus moradas del valle.

Se la conoce también con el nombre de **Ejababua**, cuya significado es: pueblo que está sobre el río Ejaba.

Según otros Ejababua significa: "sobre el palo Ejaba", "alrededor del palo Ejaba". Ejaba es un arbusto que crece vigoroso y lozano en los primeros años; con el tiempo pierde su lozanía y el tronco, al principio liso y esbelto, se vuelve rugoso y deforme. Los bubis de esta parte atendiendo a estas dos fases tan características de este vegetal tienen un proverbio que aplican a aquella persona que empieza a desviarse de su buen proceder: anterior éste es como el "ejaba"; no seas como el "ejaba".

El ejaba arraiga difícilmente en determinados terrenos. **Ejababua** viene a significar un terreno poblado de "ejaba" debido a una acción o intervención extraordinaria. También usan esta palabra con un sentido metafórico, de **insólito**, **inesperado**. De una persona que se la ha visto en un lugar apartado o también impropio de esa persona, se dice que se la vió en **ejababua**.

Parece ser que este nombre de "ejababua" fue aplicado a esta ranchería debido a su situación topográfica y su alejamiento.

Estaba situada a la derecha del Muedede y la cruzaba por medio el río Etodo.

En 1890 encontramos registrado entre los habitantes del pueblo de la Misión de Concepción a un tal Esioko, natural de esta ranchería. No consta que hubiera cristianos procedentes de la misma.

Aoo.— Estaba entre el río Obaba y el Muedede, muy junto a la costa. Los habitantes de esta ranchería pertenecían a los pueblos del actual Bioko. Dejo de existir con la muerte del jefe Bioko.

Asao, un antiguo pueblo tenido como tal por los actuales habitantes de esas partes y situado dentro de los mismos límites que Aoo tal vez se haya de identificar con esta ranchería.

En el patio que la firma Amilivia ha abierto hace unos años en esta parte se pueden ver perfectamente numerosos trozos de cerámica perteneciente al antiguo pueblo de Asao.

Junto al río Asao existió tiempo atrás una factoría o almacén propiedad de un monroviiano llamado Yari residente en Boloko de San Carlos. Este buen comerciante con su pequeña flota de cayucos recorría con asiduidad las costas del Este mercando a los naturales sus productos, en especial aceite y ñames que entregaban a cambio de escopetas, pólvora y otras herramientas. Se cerró esta factoría hacia el año 1932.

Oriema.— Significa lugar de topé. Estaba por encima de Ejoco y a la derecha de Raacca. Siguió la misma trayectoria que las demás rancherías.

Estos son los pueblos y rancherías que como una cerca de ébano dieron vida y colorido hasta hace poco relativamente a toda esta zona del sur. Dejamos para más tarde el elenco completo —y el resumen de su vida— de todos los pueblos y villorrios que estuvieron bajo las jurisdicción espiritual de la Misión de Concepción en esta parte concreta de la isla, y que por ahora no pueden asomarse a las páginas de la historia.

Caminos.— Varios eran los senderos que llevaban a estos pueblos. Partiendo de la Misión de Concepción se podía ir indistintamente por Bepepe o Kutari hasta Ehoko en donde se unificaba el sendero hasta Arihá. También se podía subir a Moca y después bajar a cada uno de los poblados. Los senderos que partían desde Moca eran los siguientes: De Moca a Arihá bajando por el monte Ueké; de Moca a Raacca y de éste a Abebo; de Moca a Etodo; de Moca a Aoo pasando por Riasaka y Kutari.

El camino de Arihá a Moca era pesado y peligroso en tiempo de lluvia. Se remontaba por el monte Ueké, de mucha pendiente y pedregoso en este monte el sendero iba encajonado entre dos muros de piedra convirtiéndose en verdadero arroyuelo en la época de lluvia. El regreso por esta parte era nada más que de los esforzados o de aquellos que habían hecho noche en Arihá; Más de un Misionero mal calculador de las distancias y de sus fuerzas hubo de pernoctar al rasó en este sendero al intentar alcanzar las alturas de Moca con el día ya algo avanzado.

El sendero a lo largo de la playa era mas des-

cansado, más pintoresco y también, en algunas partes, enrevesado. El 16 de enero del presente año una expedición salida de Concepción intentó hacer el antiguo recorrido misional hasta Ureka a lo largo de todos esos pueblos, como un acto más conmemorativo del 75 aniversario de la fundación de esta Misión. Mucho antes de llegar a Arihá el bosque nos cerró por completo el sendero viendonos en la precisión de tener que bajar por donde se pudo al mar, teniendo que invertir 8 horas largas hasta Ureka en lugar de las tres que se emplean en recorrer el camino de Arihá a Ureca.

El P. Pablo Pujolar sucesor del P. Onetti en Ureka describe el camino de Arihá a Concepción a través de los pueblos y rancherías entonces existentes: "Llegamos a Arihá a las doce y media y completamente calado. Un gran fuego, un poco de ñame y unos platanos me reanimaron y a las tres estaba ya en condiciones de continuar el camino: pero las instancias de los bubis conocedores del terreno, me hicieron desistir, y, acomodado en una casita que me proporcionó el botuku, pasé la noche sobre unas tablas. El sábado 13 salí de Arihá a las seis y media de la mañana, y a las nueve pasaba el río de la gran caldera de Moca, llamado por los bubis Iladyi. Después de recorrer el frondoso bosque Molalo se encuentra un baranco profundísimo, llamado Moabura, sigue el bosque Biledé (Riledde y el segundo barranco Ebisibila y después el monte Bokopi

Bajamos a la playa, y, al poco tiempo una lluvia torrencial acompañada de fuertes truenos, me caló por completo. Después de andar una hora por la playa la que está llena de piedrecitas, sin arena llegué al río Siesibé, que momentos antes había comenzado a salir de madre. Durante una hora buscamos modo de pasarlo.... Seguimos el camino de la playa hasta Obuña, lugar donde Malabo tiene su cayuco pequeño de pesca, y aquí entramos de nuevo en el bosque Moohá para visitar los pueblos bubis Abebo, Etodo, Aoo Ubuecho y Musuri, los cuales están junto al camino que conduce a Concepción.... En Aobó (Aoo pueblo del Jefe Bioko, descansamos dos horas, y a las tres de la tarde continué el camino hasta Concepción a donde llegué a las siete" (Las Misiones Católicas, 1917 pág. 275).

La distancia de Arihá a Concepción era de 10 horas, distribuidas en el camino del modo siguiente: De Arihá a Abebo se empleaban 4 horas; de Abebo a Aoo, 2 horas; de Aoo a Concepción, 4 horas.

ELOGIO DEL COCOTERO

Por José M. Vilá

Eres grácil y fuerte. Das personalidad y encanto a la tierra en que asientas. Dicen los sabios de estas cosas que te trajeron de América, o de Asia; que Marco Polo te designó con el nombre de "palmera con nueces de la India" y que no representas a estas tierras. Dicen que la que da el aceite, o sea, la **abeidona** o la **aavora**, es la que debe ser tenida por originaria del trópico africano, porque desde los siglos de los siglos está aquí, en los países ribereños de este gran golfo de Guinea. Pero yo digo así; resistes los embates de los tornados y eres inclemente de "la seca"; fructificas hasta los cien años y no eres fachendoso; te inclinas suavemente hacia los mares y dejas que tus ramas escasas, en lo alto, se doblen en todos los sentidos.

¡Qué linaje, Señor! según la tradición, en ti es toda medicina: el fruto verde, para las hemorragias; el aceite que se destila de la cáscara para las dolencias de la boca; las flores, para las del pecho, y las raíces para los males de los intestinos. Y aunque los sabios de las medicinas hayan tomado distinto derrotero y ya no esperen de ti la curación de las enfermedades tu estás aquí, distinto de tantas especies cocoteras como hay esparcidas por el ancho mundo.

No importa la utilidad que nos ofreces, sino tu donaire. Los sabios de cien técnicas han dicho y repetido que todas las partes de tu cuerpo tienen aplicación y utilidad: la carne de tu fruto para alimentación humana y luego, cuando parece exhausta, para la del ganado; el agua deliciosa que contiene, para calmar la sed o convertirse en aguardiente; la cáscara, para vasijas y botones; las fibras que la cubren, para estertería; la corteza, para los curtidos; la raíz y las hojas desarrolladas, para cestería; las juvenes, para ser comidas; las secas, para antorchas; los nervios secundarios, para vino de palma...

Los sabios de las cosas no se habrán dado cuenta de que sus decires son prosa y tu, número simple en el inmenso reino de los vegetales, eres poesía. ¡Ay de los que solo buscan en las flores las aplicaciones de sus fibras!

¡Robustos cocoteros de la bahía! Palmeras viejas que os manteneis enhiestas en Santa Isabel técnica que llaman urbanismo para dar señorío al cemento en las tierras ardientes y de grandes lluvias?

Sé que, fuera del trópico, pierdes fecundidad y prestancia. Te sienta el golfo de Guinea. Te he visto algunas veces desde el mar, sobre la bahía, con tu belleza simple. Venía de otras tierras más, trastornadas y llenas de sobirbia, y tu me pareciste símbolo de amistad.

Desde lejos también, a mi llegada, he visto esas palmeras que montan guardia desde remotos tiempos en el camino de Punta Fernanda. Están alineadas en tres tramos de formación correcta. He visto abajo los egombe—egombes de la cuesta, tan anchos, tan altos, tan frondosos—tan prestos al cobijo del agobiado transeunte como las buenas gentes de la era de los patriarcas.

¡Qué bienandanzas promete al viajero la contemplación de esas palmeras y esos egombe—egombes, y tú y tus hermanos, inclinándoos hacia el que, por los caminos del mar llega a la isla! Es posible que resultes arcaico, pero también serán arcaicas las marcas, tan viejas como el mundo y tan actuales, y las olas adolescentes que juegan en las playas breves.

Santa Isabel, es ciudad coqueta, no es una suma de edificios sino una sinfonía en verde. ¡Qué asepsia, la de las ciudades nuevas, sometidas a los adelantos de las ciencias! Porque sin ti, y sin las demás especies de familia de las palmas, la ciudad y la isla carecerían de la personalidad que las hizo famosas.

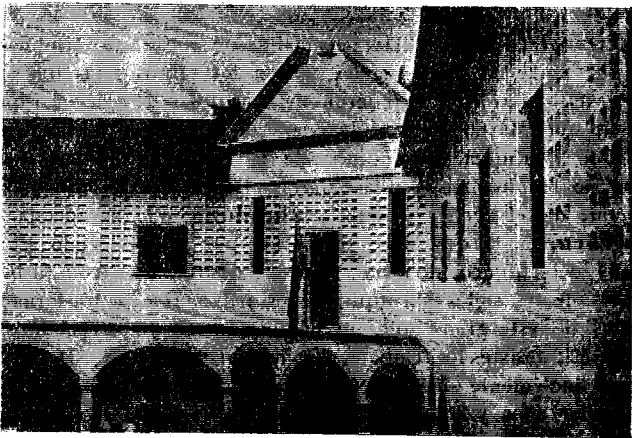
Te he visto tierra adentro, donde se yerguen los grandes troncos grises de las ceibas, y los cacaotales color verde y ocre dan sensación de alivio al visitante. Te he visto más allá de San Carlos, metido en las arenas de una playa, mientras arriba, en un "patio", te miraban cuatro palmeras de las que se ha dado en llamar "del caminante". Y en el este. Te he visto, sobre todo, en la intimidad de una pequeña enramada

Pasa a la página 94

INAUGURACION DEL NUEVO COLEGIO DE SAN CARLOS

El día 14 de este mes tenía lugar en San Carlos un acontecimiento de primera importancia social que fué la inauguración de un colegio con capacidad para doscientos alumnos internos. El acto mereció la asistencia de las primeras autoridades de estas provincias y del Vicariato así como la de un numeroso grupo de autoridades religiosas, militares, y civiles y la de un nutrido y selecto público simpatizante.

La inauguración consistió en la bendición litúrgica de dicho establecimiento cultural que fué oficiada por el Rmo. P. Pedro Schweiger Director



General de los Misioneros del I. C. de Maria que por aquellos días se encontraba en Fernando Poo realizando la visita canónica a dichos misioneros. Terminada la bendición un alumno lee un pequeño discurso en que agradece a los Misioneros del I. C. de Maria el importante beneficio de poner a disposición de la juventud de Fernando Poo un colegio. Se refirió además con agradecimiento a instituciones gubernamentales que han hecho al colegio la distinción de ingresar en él a buen número de sus becarios.

Contestó ampliamente a este discurso el Rmo. P. Pedro Schweiger agradeciendo la simpatía con que el importante público honraba a los misioneros.

Recordó las principales gestas de orden social que los misioneros habían realizado desde los primeros días de su establecimiento en estas regiones y afirmó que continúan dispuestos a seguir trabajando con toda intensidad por el bien espiritual y por la cultura de los habitantes de estas provincias como fieles colaboradores del gobierno católico español. Se terminaron los actos con un refrigerio, largo y animado, ofrecido a todos los asistentes.



El edificio consta de dos pabellones unidos en ángulo recto recorridos por grandes ventanales y largos sectores de pared calada para la ventilación. En los interiores brilla la amplitud de dormitorios, salones y aulas. Toda su disposición arquitectónica hace prever para sus residentes un vivir y trabajar con comodidad y en perfectas condiciones higiénicas.

Así se abría al público un nuevo edificio para el antiguo colegio de San Carlos que comenzó en 1905 en la gería de la Misión Católica con tres alumnos.

PRIMER ACADEMICO CORRESPONDIENTE DE LA REGION ECUATORIAL

Por primera vez la Real Academia Española ha nombrado Académico correspondiente en las provincias ecuatoriales. Ha sido elegido el escritor e investigador Iñigo de Aranzadi, autor de conocidas obras de tema centroafricano.

El Ilmo. Sr. Don Iñigo Xavier de Aranzadi y Cuervas-Mons, nació en Pamplona en el año 1922. Reside en la Región ecuatorial, desde 1952, en donde obtuvo la posesión oficial de Lenguas Indígenas y preside el Instituto de Buenas Letras y Tradiciones Orales de Río Muni. Perteneció al Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y es Cronista Oficial de la Ciudad de Bata y Miembro de Número del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica.

Introducción de los Juegos Florales en Centroáfrica y provincias españolas de la región ecuatorial.

Está en posesión de la Cruz y Banda de los Caballeros Nobles del Real Estamento Militar del Principado de Gerona. Es Infanzón de Yllescas, Caballero de las Mercedes e Hidalgo a Fuero de España.

Sus obras más importantes son "En el bosque Fang", recientemente galardonada por Selecciones Lengua Española, y un estudio historiográfico-lingüístico titulado "La Adivinanza en la Zona de los Ntumu", publicado por el Consejo Superior de Investigaciones.



VIDA EN LOS POBLADOS

BARIOBE

Por Manuel M. Pérez C. M. F.

Terminado el recorrido de los pueblos del sur de la isla, vamos a visitar los de la zona este, la más poblada por los bubis, y donde radican las familias de más abolengo. En este aspecto Bariobe no ha alcanzado el distinguirse como los pueblos de primera categoría; pero tiene otras virtudes que lo ponen en primera fila, entre los pueblos bubis de hoy, y que siguiendo su ritmo ascendiente, dejará atrás a muchos que en otros tiempos, le precedieron.

Algo de su historia.— No hemos podido encontrar los primeros vestigios en la historia de la isla, del pueblo de Bariobé. Es de suponer que como otros tantos, en un principio vivían sus habitantes diseminados entre sus fincas de ñame y malanga. Cuando la civilización se comenzó a abrir paso entre los bosques de la isla de Fernando Poo, los habitantes de esta zona la comenzaron a sentir, merced al constante contacto que tenían con los pasajeros que hacían sus viajes de Santa Isabel a Concepción, en las famosas lanchas, que para aquellos tiempos, eran algo así como una motonave en pequeño pero con muchos más puertos de arribo.

Los que las conocieron, nos hablan de ellas como de algo de leyenda, porque en ellas morían los pasajeros, se cogían insolaciones, y se pasaban mareos, se hacían revisiones de las mercancías, no porque se temiese el contrabando, sino porque allí iba consignada carga para todos los propietarios de las fincas de aquella zona. Y al final, los últimos eran los que sufrían las consecuencias, porque algo de carga se habían quedado en mano de quien no era su poseedor. Por llevar, se llevaba en ellas hasta el hielo desde Santa Isabel a Concepción, donde se recibía muchas veces agua algo más fría que la de los tradicionales botijos.

Por este medio de locomoción fueron llegando los primeros atisbos de la civilización a Bariobé ya a principios de siglo, aunque sus ha-

bitantes, la mayoría, estaban muy ajenos y les interesaba muy poco aquellas novedades, que en parte venía a perturbar su paz. Verdad es que la intranquilidad y deseo de renovación, no llega a los pueblos por los que a ellos arriban, tanto como los que de ellos salen para ver el mundo.

Y la intranquilidad la experimentó Bariobé cuando comenzó a mandar sus hijos al Colegio de Concepción que para ellos era algo así como para los pueblos de Castilla la Universidad de Salamanca. De allí venían los niños hablando una lengua nueva, no entendida por sus mayores; apreciaban como sus antepasados la riqueza de su suelo, y en la tierra querían encontrar la manera de vivir pero con nuevas plantas y nuevos cultivos los que traían aquellos hombres que tantas veces habían visto pasar en la lancha.

Por este medio se comenzaron a ver las primeras fincas de cacao, después algunos modismos en sus viviendas... Pero lo que más grabado llevaban, como un símbolo de unidad y caridad, era el formar su capillita, que fuese donde se orase y se hiciese vida lo aprendido en el colegio. Al poco tiempo, Bariobé tuvo su capilla—escuela, al estilo de tantas de este Vicariato, que si hoy ya han pasado al olvido, la labor por ellas realizada, fué muy profunda y aunque no lograra grandes adelantos científicos, lograron que aprendiesen a hablar el castellano, vía principal por donde se habían de poner en comunicación con el gran mundo.

Los Evangelizadores.— En la provincia de Fernando Poo, el sistema de evangelización ha sido muy distinto que en la de Río Muni. En esta han sido los grandes catecumenados, las sigas, las que han llenado las iglesias de fieles. En Fernando Poo, han sido los colegios, las escuelas, las que han ido engrosando las filas de los cristianos, bautismos de catecúmenos

han sido muy pocos. Sus tradiciones, su religión y su cultura, que según algunos, en su género, era bastante vasta, estaban muy arraigadas en su corazón y en su mente, para poderlas dejar, máxime dado el carácter desconfiado y algo tímido de los bubis. Los niños de ambos sexos salidos de los colegios dieron ambiente de cristiandad a los poblados, y se fueron levantando las capillas con el apoyo, ayuda y entusiasmo de los PP. Misioneros que periódicamente les iban visitando. Los mayores aunque no quisiesen bautizarse, presentaban a sus hijos para que recibiesen el santo bautismo, y este ha sido otro medio de aumento del cristianismo.

Los Misioneros que más han trabajado en la evangelización de Bososo, han sido los PP. Pujolar, Vicente Aguado, Bienvenido Pereda, Juan Iglesias y Pedro Díaz. El P. Pujolar fué el que levantó la capilla y el P. Bienvenido Pereda quien construyó la actual Iglesia de zócalo de cemento y paredes de tabla, haciendo en una sola pieza casa del Misionero y capilla, separadas por un tabique.

El P. Vicente Aguado, dedicó todo el edificio a Iglesia, puso el actual altar con la imagen de San José, patrono del pueblo, e hizo la casa del padre de cemento y ladrillos traídos de la Península, el primer material de construcción de mampostería que se empleó en Bariobé, porque hasta entonces todos los edificios eran de tablas, salvo el poco cemento empleado en la capilla.

El Arbol de la Discordia.— Siempre el pueblo de Bariobé se ha distinguido por lo adicto y fiel que ha sido a las indicaciones de sus Misioneros dispuestos a colaborar para llevar a cabo los planos que se le presentaban con tal de contribuir al engrandecimiento de su pueblo, del que han sido amantes, como pocos. En cambio otros pueblos vecinos, no obstante su entusiasmo, y los sacrificios que se han impuesto para conseguir su templo, han sido más reacios y algunas veces han tenido que pagar las consecuencias.

La historia no la conocemos con todos sus pormenores, pero en lo substancial fue como sigue. Delante de la casa del Padre había en Bososo una hermosa Morera por los años de 1926. Con todos los permisos, aquella morera se cortó y se hizo tablonés, para levantar la capilla de Bososo. El tiempo pasaba y aquellas tablas, no se empleaban. Un buen día los de Bariobé cogían con todos aquellos materiales, con

el permiso del Padre, y mandados por él; y levantan su capilla. No sé en qué o bajo qué título, al menos colorado, se fundaría esta decisión y acción de los de Bariobé. Lo cierto es que desde ese día han sido o se han mirado como enemigos los de uno y otro pueblo, y esa injusticia, se la han recordado siempre, delante de las primeras y últimas autoridades. A la verdad que los de Bariobé nunca han sentido el menor remordimiento por tal aparente injusticia, y siempre han estado muy tranquilos de conciencia y frecuentando su, en otros tiempos elegante capilla, y hoy pobre y deteriorada, en espera de una nueva Iglesia. Por su parte los de Bososo, en estos últimos años tampoco se han vuelto a recordar el supuesto agravio de los de Bariobé porque desde que se inauguró su iglesia con aires de catedral, han mirado muy por encima del hombro a sus vecinos, por lo menos hasta que a estos les llegue el tiempo de ver su nueva Iglesia, que por hoy solo está en proyecto.

Junto a la Iglesia la Escuela.— Junto, o una misma cosa, como ha sucedido en la inmensa mayoría de todas las escuelas que la Misión fue estableciendo en las innumerables capillas de la isla y del Continente. Misiones hubo como la de Elobey que contaron con más de 16 escuelas, rudimentarias, pobres, pero que servían para llevar los niños a la verdadera religión, y al conocimiento de las primeras letras que luego ampliaban en los internados. Los maestros eran los mismos que habían salido del colegio, muchos con instrucción deficiente, pero que tenían el suficiente sentido común, y capacidad para comunicar todo lo que sabían; otros cuando la acción de la Inspección de Enseñanza extendió su campo, después de un examen, pasaron a engrosar las filas de los maestros oficiales.

En los años de la República, el sectarismo gubernamental, encaminó toda su acción a disminuir la influencia de la Misión, principalmente en el campo de la enseñanza. Muchos pueblos salieron en este particular favorecidos, aunque se hiciese con torcida intención porque se vieron con escuela oficial, que de otra forma hubiesen pasado unos cuantos años sin ella.

Entre los favorecidos, uno fue Bariobé; pero no sé qué humos les metieron en la cabeza, y qué molinos agitaron sus aspas en la imaginación, que les entró unos aires de grandeza, semejantes a los que sufrieron los de Cervera cuando Felipe V les levantó la Universidad. La

reación principal fue que cuando los niños del Colegio de Concepción, naturales de aquel pueblo, se enteraron de que su pueblo ya tenía escuela oficial, todos en racimo, menos uno, se encaminaron a sus casas, porque en su pueblo habían puesto colegio como el de Concepción. Y la decisión se tomó en serio, porque desde entonces hasta que se convirtió en Preseminario Claretiano el de Concepción, muy pocos fueron los niños que lo frecuentaron, entre los naturales de Bariobé. Esto no por que adquiriesen algo de aversión hacia la Misión, porque hasta hoy es uno de los pueblos que más fidelidad y cariño han manifestado a los Padres donde hay un grupo de cristianos fieles cumplidores de su deber, y donde también ha florecido la vocación religiosa.

El Progreso del Poblado. Es uno de los últimos pueblos de la isla que he conocido, tal vez porque hasta hace muy poco no llegaba a él la carretera, y había que ir por caminos de fincas, muy incómodos y de difícil acceso. De Bariobé pueblo, no de sus habitantes, que los había conocido muy buenos, me había formado una idea muy pobre, lo consideraba algo así como un Rilaja, un Bombe, un Basupú del Este. La sorpresa y la realidad cuando lo visité fue muy distinta. Me encontré con un pueblo de calles bien trazadas, agua corriente con fuentes públicas establecidas en los sitios más extratéticos del poblado, 41 casas de cemento, factorías, fondas, bares, porque también los dominios de Bacose han extendido entre la modigera gente de Bariobé, neveras, los edificios de la cooperativa,

con su gran secadero, casas de los empleados, almacenes. Porque todo ello es necesario, para un pueblo cuya cosecha, entre los cooperativistas asciende a 126.000 klg., sin contar el que se haya beneficiado en otros secaderos particulares, cuya cantidad me es desconocida.

Lo que es Bariobé y lo que tiene, es naturalmente el fruto del trabajo de sus vecinos, salvo la traida de agua, donación hecha por el Gobierno a través del Patronato. Pero también hay que reconocer, que si no hubiese sido el apoyo a través de las Cooperativas, sobre todo en aquellos tiempos cuando no llegaba la carretera al poblado, Bariobé se encontraría sin apenas casas de cemento y carecería en absoluto de ese aspecto de pueblo moderno y trabajador que presenta a los ojos del visitante.

Nota típica Y es la mejor que se le puede aplicar. Es un pueblo que va creciendo con paso bastante acelerado, fenómeno que no se observa en la mayor parte de los pueblos de la isla, ya sea por la tendencia a bajar a la ciudad, ya por otras causas. Bariobé en el último decenio ha experimentado un aumento de un 30%, y el número de niños que pfulan por el poblado es muy crecido. Y todos presentan al aspecto de sanos en el cuerpo y en el espíritu, notas que ya quisiesen para sí otros muchos pueblos.

Que siga este ritmo ascendente el noble pueblo de Bariobé, y que esta sea la gracia que el glorioso Patriarca San José, patrono del Poblado les haya concedido en las fiestas patronales de este año 1963

(Viene de la página 89)

entre Punta Europa y la bahía de Venus. Era una playa estrecha, alargada, cóncava; una cala sencilla en que las olas, unas veces azules, otras color de plomo, con reflejos de azogue, llegaron a la arena terrosa sin encabritarse y se desdoblaban; una ensenada en que todos los cocoteros se inclinaban hacia el mar, como debían, se arrebujaban con raíces la parte inferior

del tronco y las ofrecían al aire que venía del continente a ritmo lento, para que, poco a poco, les pusiera salitre.

Singular cocotero: yo te digo así, definitivamente: en estos lugares paradisiacos en que he gozado la paz de esta bendita tierra, tu has sido siempre rey, ejemplo y galanura.

¡Que Dios te guarde, cocotero!

Por tierra de Africa

LIBREVILLE

Emisora de televisión

Entrará en servicio el próximo mes de abril. La sociedad francesa Pye se encargará de su adquisición e instalación. La OCARA (oficina de cooperación radiofónica) proporcionará el personal, la asistencia técnica asegurará la administración de la estación y se encargará de formar el personal técnico gabonés.

La ACTOM—asociación de cine y televisión de ultramar— ha organizado un cursillo de formación técnica y cultural para operadores cinematográfico. Además de los asistentes gabonés, han participado en estos trabajos jóvenes de otros países de Africa Ecuatorial.

Emisión Culturales por Radio

Se está llevando a prueba una experiencia educativa radiofónica para adultos. Cada semana se han tenido dos misiones, una para hombres y otra para mujeres. Los temas durante este período experimental han sido variados: higiene, agricultura, civismo y economía. Esta campaña, a la que coopera la UNESCO, está bajo la responsabilidad del ministro de educación nacional.

DAKAR

El centro pedagógico superior

Este nuevo centro acogerá este año una treintena de alumnos. Más tarde, cuando su organización sea definitiva, podrá admitir un total de 200 estudiantes, repartidos en cuatro secciones. El fin de la primera es la formación de profesores de enseñanza general. El de la segunda, preparar

inspectores e inspectores adjuntos de la enseñanza de primer grado. La tercera asegurará la preparación de directores y profesores de centros regionales para la formación de maestros. Finalmente, la cuarta tiene como cometido formar profesores diplomados. Además se añadirá otra quinta sección integrada por investigadores y redactores de manuales escolares así como de los que se inician en los métodos de pedagogía moderna, adaptados a las realidades africanas.

Emisiones de radio senegal

Próximamente emitirá boletines informativos y reportajes realizados en francés, alemán, inglés destinados a Francia, Alemania e Inglaterra. En la actualidad transmite ya en tres lenguas extranjeras con destinación a países africanos: inglés, portugués y árabe.

OUAGADOUGOU

Lucha contra el alfabetismo

La mutua ayuda cultural del Alto Volta—asociación para luchar contra el alfabetismo—ha reanudado sus actividades. Ella organiza cursos vespertinos de nivel preparatorio, cursos elementales y medios. La enseñanza es gratuita, dada por profesores generosos y consagrada a personas adultas. Este año han venido funcionando cuatro centros con un total de seis clases.

Cursillo de información

La agencia de prensa del Volta (APV)—en vías de organización—absorberá en su mayor parte los periodistas formados en un reciente cursillo de información. La radio, con sus dos estaciones de Ouagadougou y Bobo Dioulasso, recibirá algunos de ellos. El semanario "Encrucijada africana", que en un futuro más o menos próximo se

transformará en diario, acogerá en sus diferentes puestos a los restantes de estos cursillistas.

animadores formados en el curso de un cursillo de tres semanas.

BRAZZAVILLE

El centro cultural francés

Este nuevo centro cultural está situado en el corazón de la ciudad y comprende una biblioteca de préstamo de libros, una sección de información, una importante cinemateca y una gran sala que se puede convertir en salón de conferencias y de cine.

ABIDJAN

Nuevo periódico

Antes de terminar el presente año saldrá a luz el primer número de otro nuevo diario costamarfileño. El convenio habido entre la sociedad de información y difusión nacional y la sociedad nueva de ediciones industriales francesa estipulará también la creación de una imprenta en la capital.

NIGER

Universidad popular

Creada en 1959, comprende en la actualidad dos cursos elementales, cuatro de iniciación y dos preparatorios. Gracias al concurso que han ofrecido los profesores de enseñanza secundaria, se darán clases de sexto y cuarto. Se prepara también dos de cuarto y un curso de inglés para principiantes.

Asociación de radio clubs

Funciona en las doce principales ciudades de la república y bajo la dirección de los recientes

LAGOS

Estos radios-clubs tratan, gracias al importante material grabatorio ofrecido por los fondos de ayuda y cooperación, de asociar las masas rurales y ciudadanas a la realización de emisiones que, si valen la pena, serán transmitidas por radio Niger.

Colegio para sordo - mudos

Se acaba de abrir en Kaduna, capital del Norte de Nigeria. Toda la enseñanza es completamente gratuita. Una de las clases está reservada para adultos.

Estación de televisión en kaduna

En esta capital del norte de Nigeria ha comenzado a funcionar la primera emisora de televisión. Dentro de poco tiempo se emitirán diferentes programas desde Zaria, centro cultural de Nigeria septentrional, desde Kano, la ciudad más poblada de la Región. Los programas duran diariamente tres horas —las de la tarde— y son muy variados actualidades, documentales, interviews, cantos y danzas folklóricos.

Exposición escultórica

El escultor nigeriano, Festus Idehen ha expuesto 50 obras escultóricas en la sala del servicio americano de Información de Lagos. Es también el autor de las figuras de cemento y de gran formato, que adornan la Chase Manhattan Bank de la misma capital. A él se debe igualmente el conjunto de la asamblea de Nigeria.